

MARIA ZAMBRANO



La filosofía es una preparación para la muerte y el filósofo el hombre que está maduro para ella

María Zambrano Alarcón nació el 22 de abril de 1904 en Vélez-Málaga, un pequeño pueblo situado a unos cincuenta kilómetros de Málaga. Fue hija y nieta de maestros. Su madre doña Araceli Alarcón Delgado y su padre don Blas José Zambrano García de Carabaote trabajaron en la escuela secundaria de Vélez-Málaga y ambos fueron destacados defensores de la izquierda socialista. María tuvo una hermana siete años menor a la que se sintió muy unida toda su vida.

A partir de 1909 vendrán los años vividos en Segovia fundamentales para la vida de María Zambrano, pues son los años que coinciden con la amistad que su padre mantuvo con Antonio Machado. Además, María se empapó también de un ambiente intelectual con la fundación por parte de su padre del periódico “Segovia” y la revista “Castilla”. La filósofa no tuvo una buena salud durante su adolescencia y primera juventud pero fue en esos años cuando vivió, según ella, el gran amor de su vida con su primo Miguel Pizarro. Un amor prohibido y rico que le descubrió la literatura además de iniciarla en la cultura japonesa y zen. Cuando la familia se percató de lo que ocurría entre ellos y descubrieron que no solo eran compañeros en la literatura, acabaron por separarlos obligando a Miguel a viajar al extranjero.

Ya en Madrid y corriendo el año 1927 asistió a las clases de Ortega y Gasset y de Xavier Zubiri en la Universidad Central de Madrid. Al terminar su carrera de Filosofía, algo insólito en esa época desde 1931 y hasta 1936 fue profesora auxiliar de la Cátedra de Metafísica en la misma universidad. Es entonces cuando trabaja en su tesis doctoral “La salvación del individuo en Spinoza”.

A través de distintas actividades culturales como las singulares Misiones Pedagógicas y durante la Segunda República conoció y trabó amistad con Luis Cernuda, Rafael Dieste, Ramón Gaya, Miguel Hernández, Camilo José Cela y Arturo Serrano Plaja.

El 14 de septiembre de 1936 María se casó con el historiador [Alfonso Rodríguez Aldave](#), marchándose poco tiempo después a Chile, ya que su marido fue nombrado secretario de la Embajada de la República. En [La Habana](#), conoció a [José Lezama Lima](#) y pronunció una conferencia sobre [Ortega y Gasset](#). El mismo día que cayó la ciudad de Bilbao en 1937, María y Alfonso regresan a España y cuando se les preguntó por qué volvían si la guerra estaba perdida, respondieron “por eso”.

Hasta el día en que se exiliaron, María Zambrano residió sucesivamente en Valencia y Barcelona. Su marido incorporado al ejército colaboró en defensa de la República como Consejero de Propaganda y Consejero Nacional

de la Infancia Evacuada. El mismo día de la capitulación de Barcelona, es decir, el 25 de enero del 39 María cruzó la frontera francesa, camino del exilio con su madre, su hermana y su cuñado. En el camino se encontraron con Antonio Machado en compañía de su madre, al negarse el poeta a subir al coche que María le ofrecía, es ella la que bajó y acompañó a pie durante todo el recorrido al antiguo amigo.

Dejando a su madre y hermana en Francia, donde los fascistas las harán vivir un calvario y tras una breve estancia en [Nueva York](#), Zambrano y su marido se dirigieron a La Habana. Allí se reencontraron con [Lezama Lima](#) y fue invitada como profesora de la Universidad y del Instituto de Altos Estudios e Investigaciones Científicas. De la capital cubana se dirigió a [México](#), y en la Casa de España, de la capital mexicana se volvieron a encontrar con otros eminentes exiliados españoles, entre ellos, León Felipe, Moreno Villa, Díez Canedo, Bosch Gimpera, Emilio Prados y Ramón Dieste. Los patronos de la Casa de España, Alfonso Reyes y Daniel Cosío Villegas, la ayudaron a establecerse en México. En la Casa de España, hoy Colegio de México, pronunció tres conferencias sobre «Pensamiento y poesía en la vida española», que fascinaron a los asistentes, y de las que se hizo eco Octavio Paz en el número cuatro de la revista *Taller*. Se publicó su libro *Poesía y pensamiento en la vida española*. También fue nombrada profesora en la Universidad San Nicolás de Hidalgo de Morelia, (Michoacán). Durante su estancia en esa ciudad publicó *Nietzsche o la soledad enamorada* y *San Juan de la Cruz (De la noche oscura a la más clara mística)*. Finalizó el libro *Filosofía y poesía*, y escribió otros artículos que significan la síntesis de su larga andadura entre 1928 y 1939. Zambrano evoca su estancia en Morelia como el detonante para una «revelación de un logos indeleble y secreto, misterioso e invencible de las letras hispánicas, aún por lograrse, recorriendo todas ellas como una música sin par que se da en múltiples lados y se hace notar que todavía no se ha acabado de lograr enteramente».

En [1943](#) y [1944](#) dicta cursos en el Departamento de Estudios Hispánicos de la Universidad de San Juan de Puerto Rico, así como en la Asociación de Mujeres Graduadas, además de impartir conferencias en la Asamblea de Profesores de Universidad en el exilio.

Al fallecer su madre en [1946](#) se trasladó a vivir a París permaneciendo en esta ciudad y en esos duros años de posguerra hasta el año 49. Una vez más se trasladó a La Habana, donde vivió hasta 1953, impartiendo conferencias, cursos y clases particulares. Volvió a [Europa](#) y se instaló en [Roma](#) hasta 1964, relacionándose con intelectuales italianos como [Elena Croce](#), [Elemire Zolla](#) y [Victoria Guerrini](#), y españoles como Ramón Gaya, Diego de Mesa, Enrique de Rivas, [Rafael Alberti](#) y [Jorge Guillén](#). En el 64 se trasladó a la vieja casa de La Pièce, junto al bosque del Jura francés cerca de la frontera suiza, lugar ligado a la concepción de su libro “Claros del bosque” publicado en 1977.

Es indudable que el exilio, como experiencia metafísica, produjo un cambio radical en la visión que Zambrano mantenía, primero, respecto a España y Europa y, algo más adelante, respecto al mundo. Ahora bien, a partir de 1955, el discurso de Zambrano se muestra traspasado por la impronta mística, de manera que uno de sus más grandes anhelos, la reconciliación entre pensar y ser, así como la solución a la crisis personal de la filósofa, en cuanto a exiliada, encontrarían un escape propicio mediante la introspección de corte místico. “CLAROS DEL BOSQUE” es una obra definitiva en este sentido, ya que concebida desde el dolor y la soledad más profundos, en esta obra Zambrano simboliza la experiencia mística mediante el «claro» y apunta, en la línea de Heidegger, la recuperación del sentimiento religioso como base de la meditación «sobre y desde el vivir». Como resultado, la experiencia metafísica es superada de manera armoniosa por la homónima mística hasta colmar en Zambrano los impulsos que la empujan hacia la creación poética y, en suma, a la vida en su más amplio sentido.

Susana Barbosa para www.cuarentones.org

MARIA ZAMBRANO

Biografía in extenso (desde Fundación María Zambrano)



1904

Nace el 22 de abril en Vélez-Málaga (Málaga), hija de D. Blas José Zambrano García de Carabante y D^a. Araceli Alarcón Delgado, naturales, él de Segura de León (Badajoz) y ella de Bentarique (Almería). Ambos son maestros en la Escuela Graduada de Vélez de la que el padre es el regente¹.

D. Blas Zambrano, años antes, había fundado y dirigido un periódico titulado X, de tendencia anarquista, aunque con repulsa de toda violencia. Muy pronto, D. Blas evolucionará hacia tendencias socialistas.

1. Para los años de 1904 a 1946 téngase en cuenta la peculiar autobiografía de Zambrano Delirio y destino. Por lo demás, los estudios biográficos más exactos realizados hasta ahora son: la cronología de Julia Castillo que ha sido publicada en el catálogo de la Exposición correspondiente al Premio Cervantes de 1988, Ministerio de Cultura 1989; en el libro de María Zambrano Senderos; en María Zambrano. Premio Miguel de Cervantes 1988 — Ministerio de Cultura 1989; y en Ínsula, mayo de 1989. Asimismo, en Juan Fernando Ortega Muñoz: María Zambrano, su vida y su obra, Junta de Andalucía, Málaga 1992.

1907

Pasando una temporada en Bélmer de la Moraleda (Jaén) con su abuelo materno —cultivador de uvas, comerciante con Inglaterra, especulador de minas, y arruinado al fin—, María Zambrano sufre un colapso de varias horas durante las que llegaron a tenerla por muerta.

1908

Aún convaleciente es trasladada a Madrid (calle de la Redondilla nº 8) donde su padre ejerce durante un curso como profesor de Gramática española. Comienza a asistir a la escuela, cerca de la Plaza de Oriente.



1909

Traslado familiar a Segovia, donde su padre toma posesión de la cátedra de Gramática Castellana en la Escuela Normal. D. Blas Zambrano paulatinamente se convierte en el eje de los movimientos más vivos y progresistas de esa ciudad sumida en la inercia. Con el tiempo será gran amigo de Antonio Machado, y, posteriormente, del escultor E. Barral, quien le esculpirá un busto al que llamó, por su porte romano, «el arquitecto del acueducto». Funda la revista Castilla (1917) y el periódico Segovia

(1919). Ingresó en la Agrupación Socialista Obrera de la que será durante algún tiempo presidente. Participó, con A. Machado, en la fundación de la Universidad Popular.



1911

El 21 de abril nace la hermana de María, Araceli.

1913-1921

María Zambrano comienza el Bachillerato. Sólo ella y otra muchacha, asisten a las clases entre jovencitos. En estos años se va fraguando el que Zambrano confesará como el más grande amor de su vida: su primo Miguel Pizarro, junto al que realizará un intenso acercamiento a la literatura. De la biblioteca paterna son las primeras lecturas de Unamuno, Ganivet y, en general, de la llamada Generación del 98: Azorín, Baroja, Ramiro de Maeztu. En 1914 Zambrano publica su primer artículo sobre los problemas de Europa y la paz en la revista de antiguos alumnos del Instituto San Isidro.



1921

Inicia sus estudios oficiales de Filosofía como alumna libre en la Universidad Central de Madrid. Su salud es precaria. En estos primeros años veinte conoce en Segovia a León Felipe, y, a través de su primo Pizarro, a Federico García Lorca. Oye hablar por primera vez de una joven, Rosa Chacel, que dicta alguna conferencia sobre Nietzsche en el Ateneo de Madrid.

1923

Casi con seguridad fue este año —durante el verano, en las playas de Estoril (Portugal)— en el que D. Blas Zambrano zanjó por «incestuosos» los vehementes amores de los primos Miguel Pizarro y María Zambrano, lo cual le llevaría a él a abandonar España y a ella a recontar una y otra vez la impotencia y dolor que le causó aquella prohibición.

1924

Nuevo traslado familiar a Madrid, adonde Zambrano vuelve con la licenciatura a medias. Es un caso insólito: una señorita española estudiando Filosofía. Vive en el centro de Madrid hasta 1929 en la Plaza de los Carros y desde esa fecha y hasta 1936 en la Plaza del Conde de Barajas

1924-1927

Completa sus estudios de Filosofía asistiendo a las clases de Ortega y Gasset, J.M. García Morente, Julián Besteiro y a las primeras de Zubiri con quien mantiene entonces una gran amistad y quien prestó siempre ayuda a Zambrano en sus inicios filosóficos. Forma parte de la tertulia de la Revista de Occidente y es acaso su elemento más singular. Comienza a asumir un papel de mediadora entre Ortega y escritores más jóvenes, como Sánchez Barbudo o J. A. Maravall.

1928

Participa muy activamente en las actividades de la Federación Universitaria Española (FUE). Desde ella promueve —junto E. González López y J. López Rey— el encuentro con intelectuales y políticos «maduros». Se entrevista personalmente con Valle-Inclán y con Azaña. La noche del 23 de junio, en el merendero madrileño «La Bombilla», tiene lugar el encuentro conjunto de estudiantes —María Zambrano, Fe Sanz, Aurora Riaño, Antolín Casares, Domingo Díaz Ambrona, Emilio González López, Antonio Riaño, Francisco Giral, Salvador Téllez, Pablo de la Fuente y José López Rey— con Luís Jiménez de Asúa, José Giral, Sánchez Román, Gregorio Marañón, Ramón del Valle-Inclán, Pérez de Ayala, Gómez de Baquero, Salmerón, Azaña e Indalecio Prieto. A raíz de ese encuentro, fundan la Liga de Educación Social (LES), de evidente resonancia de la Liga de Educación Política que Ortega fundara en 1914.

Varios periódicos les ceden a estos jóvenes columnas semanales como La Nau de Barcelona, La Libertad de Badajoz, El Norte de Castilla de Valladolid, La Libertad y El Liberal de Madrid. En estos dos madrileños escribirá María Zambrano, sobre todo en el último, en la columna «Mujeres», de la sección dedicada a la juventud «Aire libre», donde publica una serie de doce artículos de temática esencialmente político-social y en algunos defendiendo un feminismo integrador. Estos artículos tienen una clara tendencia «neorromántica» y «rehumanizadora», acordes con, y aún algunos antecedentes de, las tesis de J. Díaz Fernández, quien en 1930 las recogerá en su libro El Nuevo Romanticismo. Asimismo, muestran ya un sentido social renovador del liberalismo. Además de ellos, su más importante artículo aparece en el número 4 (julio-agosto) del machadiano El Manantial de Segovia: «Ciudad Ausente», prefigurador tanto de su soñada ciudad de la libertad como de la propia razón poética. Comienza a dar clases de filosofía a alumnos de bachillerato en el Instituto Escuela. Interviene en diversos actos públicos propagandísticos de la LES. En uno de ellos —en el Ateneo de Valladolid, del que da cuenta El Norte de Castilla del 14 de diciembre— tiene un desfallecimiento. Su cuñado, el médico Carlos Díez, le diagnostica su enfermedad: tuberculosis.



1929

Primera pausa vital y escrituraria: hasta la primavera, guarda reposo en su casa de la plaza del Conde de Barajas y, durante el verano, en una quinta de la Ciudad Lineal. Pero, como atestigua Los estudiantes frente a la dictadura, de J. López Rey, aun desde su retiro sigue colaborando con la FUE en la elaboración de manifiestos y cartas (como la escrita a Unamuno durante la semana santa). Es el momento —desde el 7 de marzo y la crispación producida por el artículo 53 de la Reforma Universitaria— en que la agitación estudiantil comienza a ser un factor decisivo de acoso a la Dictadura. Zambrano vuelve a pisar la calle y se encuentra viviendo en aquel «tiempo feliz», lleno de promesas, de inocente espontaneidad, y abierto al futuro. Es en el otoño cuando comienza a escribir su primer libro, Horizontes del liberalismo, a la vez que se reintegra a las actividades cívicas y agitadoras de la FUE. De estos momentos data su amistad con Jiménez de Asúa y F. de los Ríos.

1930

Vive con moderado entusiasmo la caída —el 20 de enero— del dictador. No puede caber ya duda de que una carta suya, de 11 de febrero, a Ortega —en la que critica duramente su artículo «Organización de la decencia nacional» y, además de pronunciarse con firmeza a favor de la República, reta a su maestro a situarse a la altura de los tiempos, diciéndole que la monarquía ha de ser destruida— incide claramente en la toma de postura de aquél frente a la monarquía, y en la misma, y tardía, expresión que ello encuentra en el célebre «Error Berenguer» (El Sol, 15 de noviembre) y su colofón, «Delenda est monarchia». Colabora estrechamente con el grupo de Nueva España —en especial con A. Espina y J. Díaz Fernández—, que con su progresismo y humanismo socialista es el mejor representante de la esperanza que subyace en lo que sus mismos integrantes denominaron «el espíritu de 1930», acorde con el «aquel tiempo feliz» con que a él se refiere Zambrano. En este semanario publica cinco artículos «Del movimiento universitario»; «Síntomas»; «Síntomas. Acción directa de la juventud»; «La función política de la universidad» y «Esquema de fuerzas» (éste ya en febrero de 1931).

Con el comienzo del curso escolar, retoma sus clases en el Instituto Escuela. En Septiembre había aparecido su primer libro, Horizontes del liberalismo, que propugna una profunda renovación cultural, social y política, asumiendo sin ambages una socialización económica. Recibe excelentes críticas, entre las que destacan las que le hicieron el discípulo de su padre, Blas Manzano, y de Machado, Pablo Andrés de Cobos, en El Socialista, y del mismo J. Díaz Fernández en Nueva España. Su actividad pro-republicana es manifiesta durante todo el año, y se acrecienta en los meses finales. En Delirio y destino ha dejado sendos homenajes tanto al silencio que recorrió Madrid los días 12 y 13 de diciembre, con motivo del alzamiento republicano en Jaca, como a su propia generación, que en estos momentos levantaba a pulso la mismatrágica esperanza que enseguida les anegó.



1931

En el comienzo del curso 1930-1931 es nombrada, también, profesora auxiliar de metafísica en la Universidad Central. J. Caro Baroja ha recordado cómo ya ese año la tuvo de profesora en el Instituto Escuela: «Tenía un gran encanto, sobre todo su maravillosa voz». También imparte clases en la Residencia para Señoritas. De entonces la recuerda, así mismo, Francisco Giner de los Ríos, quien yendo a buscar a una de sus alumnas a la salida de clase, se encontraba que «me conmovía y me inquietaba mucho más su joven profesora de filosofía». También la recuerda, de entonces, en alguna de las tertulias madrileñas, en Recoletos o «La Ballena Alegre». Es el momento en que Zambrano comienza su nunca terminada tesis doctoral —de la que únicamente ha quedado un artículo, «La salvación del individuo en Spinoza», de 1936.

Ante la convocatoria de elecciones municipales, participará en múltiples mítines de la coalición republicano-socialista por diversos pueblos y ciudades (Toledo, La Solana, Manzanares, El Toboso, Córdoba, Trujillo, Villanueva de la Jara, Medina del Campo, Madrigal de las Altas Torres, Palencia, Vitoria, Huesca, Teruel). Aquél 14 de Abril —en compañía de R. Santeiro, Juan Panero, A. Serrano Plaja, Sánchez Barbudo, J. A. Maravall y Enrique Ramos— asiste a la Puerta del Sol a la proclamación de la II República española. Ella ha recordado este momento en varios artículos y pasajes de su obra: «Fue tan hermoso como inesperado, salió el día en estado naciente [...] todo fue muy sencillo: Miguel Maura avanzó con la bandera republicana en los brazos [...]. La desplegó y dijo simplemente: Queda proclamada la República. Fue un momento de puro éxtasis».

Horas después, con su padre, su hermana y el marido de ésta, y entre los «hombres pequeñitos, españoles, indígenas», vio a uno de ellos con abierta camisa blanca y brazos abiertos, gritando vivas a la República, y no era sino un «fragmento real de los fusilamientos pintados por Goya».

Para poder seguir estudiando filosofía, rechaza la oferta que le hace Jiménez de Asúa de presentar por el PSOE su candidatura, en la segunda vuelta, a las Cortes.



1932

Es la encrucijada. Posiblemente éste sea uno de los años más críticos, por confuso y contradictorio, de su vida. En lo que la política será el factor decisivo. Es la segunda pausa en el péndulo vital y filosófico de Zambrano. Aunque sustituye a Zubiri —realizando estudios en Alemania— como profesora de metafísica en la Universidad Central, y se vincula más que nunca a Ortega, apenas escribe, su salud vuelve a ser muy delicada, y su estado de ánimo, a mitad del año —conforme se aprecia en la carta que le dirige entonces, llena de fervor, al maestro— es de angustia, por ella misma y por su generación, a la que ve hermética, desorientada, en pleno «delirio» —que como temática es la primera vez que aparece en letra de Zambrano— y sumida en la desconfianza; la perspectiva de una España según sus grandes expectativas, se pierde; y con ella la fe y la solidaridad; no hay sino repliegue y desbandada.

Y es éste el momento de su más grave error político —según ella misma—: la constitución y firma del Manifiesto del Frente Español (FE) (Luz, 7 de marzo) —alentadas en la sombra por Ortega y en la que se expresa su incitación a un «Partido Nacional»— junto a un grupo de jóvenes universitarios, constituido por A. Riaño, J. A. Maravall, S. Lissarrague, J. Santeiro, E. García del Moral y A. Vázquez—. Incluso intentó sumarse J. A. Primo de Rivera, pero lo impidió, personal y contundentemente, la propia Zambrano. Pero el vínculo directo con Ortega es el diputado por la «Agrupación al servicio de la República» A. García Valdecasa y, tras él, A. Garrigues, quienes, sin firmar el manifiesto, constituían, junto a Maravall y a María Zambrano, los elementos más destacados de éste FE. Zambrano se apercibe enseguida del cariz casi fascista que este movimiento adquiere, y, según ella misma, «como tenía poder para ello», lo disolvió. Aún veremos repercusiones de este evento, muy peligrosas para Zambrano en el año 1936. En todo caso, lo que ella no pudo impedir fue que la misma Falange usara las siglas —FE— y aun, inicialmente completos los estatutos de esta orteguiana empresa.

Consta también, este año, Zambrano entra en contacto con la tertulia «Pombo», en torno a Gómez de la Serna, y visita, de cuando en cuando, con su mejor amiga de entonces, la pintora Maruja Mallo, y otros jóvenes, «La Granja del Henar», donde oficia Don Ramón del Valle-Inclán. Allí conoce al que enseguida —y para siempre— será uno de sus grandes amigos, Rafael Dieste. Con él, y con A. Serrano Plaja, E. de Azcoaga y A. Sánchez Barbudo, colabora en la creación de Hoja Literaria, que dirigirán los tres últimos. Se trata del primer intento de lo que acabará siendo uno de los grupos intelectuales españoles de mayor altura, y que cuajará en Hora de España, tras el segundo y breve intento con el Buque Rojo, ya en diciembre de 1936. En Hoja Literaria, en su número I (enero), publicará uno de los pocos escritos de este año: «De nuevo, el mundo», fiel reflejo aún de las esperanzas, cívicas y filosóficas, que verá enredarse a lo largo de todo este confuso año. Triunfará, sin embargo, la filosofía: «Podría ser feliz, sin embargo [...] —le dice a Ortega en la mencionada carta—. Leo filosofía, única cosa que no me extraña, con una inmensa alegría, porque ella me da una salida luminosa al mundo, porque la amo como a aquello que durante mucho tiempo nos ha esperado perdonándonos todas las más aparentes que efectivas traiciones.

1933

Pago de deuda —si la hubo— por su asunto FE. Retorno vibrante y prolífico a la escritura. Reencuentro, ahora sí, con el mundo, con la tarea española, y, en general, con el «otro». Salida de la confusión, del hermetismo y de la angustia. Este año significa el punto de inflexión decisivo tanto para su definitiva conversión en escritora de un singular filosofar, para con su compromiso político con la democracia y la libertad.

Participa, junto con R. Dieste, en algunas «Misiones Pedagógicas» (en Huesca y Cáceres). Por carta a aquél, sabemos que su vida no es feliz, trabajando como contratada en el Ministerio de Estado; pero también que el núcleo más decisivo de su pensar ha aparecido ya: llevar la razón, y con ella a los propios Descartes y Husserl, al «humus» de la tierra.

Publica, entre febrero y junio, nueve artículos, desde «El Otro de Unamuno» y «Falla y su Retablo» —en los que ya se inicia su filosofía trágica—, varias reseñas, entre las que destacan las dedicadas al libro de Hoffman Descartes y a las Obras de Ortega (1914-1932), pasando por su primer escrito sobre Nietzsche, en una dura crítica a Lou Andreas-Salomé y su libro sobre aquél hasta el mejor de todos, «Nostalgia de la tierra», donde el pensar la pintura contemporánea la lleva a un planteamiento global de crítica cultural de la pérdida de la «tierra» de la modernidad europea. Este pensamiento de la crisis hace aflorar la filosofía original de Zambrano.

A su vez, se mueve entre cuatro círculos intelectuales, en torno a las respectivas revistas que los aglutinan: el orteguiano de Revista de Occidente, el más juvenil de Hoja Literaria, el personalista cristiano de Cruz y Raya —apoyando a otro de sus más grandes amigos, Bergamín—, y el más neutral de Cuatro Vientos, donde entabla una más directa relación con Lorca, Dámaso Alonso, Guillén, Fernández Almagro, Claudio de la Torre y el propio Juan Ramón Jiménez. Muy sola, sin embargo, se encuentra en su «descubrimiento» de Galdós, del que, según R. Gullón fue pionera.

De su estado anímico, al acabar el año, el mejor testimonio es su escrito «De una correspondencia»: el ir contra viento, la vuelta a los elementos, la dialéctica Afuera-Adentro, expresan una profunda fortificación, un temple interior que acepta el reto de la desolación, de la pérdida de la tierra, de la gravedad misma del pensamiento, condenado siempre a volverse a la retaguardia. A cierta retaguardia siente Zambrano haber de retirarse, como tantos otros intelectuales de izquierda, ante el triunfo electoral de las derechas el 19 de noviembre.



1934

Comienza la nueva filosofía. La lógica del sentir, enunciada al fin de este año como «saber del alma», aparece ya como nuevo camino —un nuevo método— que se bifurca del orteguismo, ridiculizándolo críticamente. En sus doce artículos de este año, la progresión hacia aquel saber es nítida. Y transparente va siendo también su postura política, expresada en sus críticas al

fascismo, tanto en artículos como en intervenciones públicas, tal la habida con motivo de la Conferencia Universitaria Franco-Española, realizada, en abril, en Madrid. En ella se dio cita un amplio espectro ideológico, desde los marxistas a los tradicionalistas, pasando por el «neutral» Zubiri, mientras que Zambrano, desde una posición muy crítica con el liberalismo, y mucho más para con el fascismo, analizó el problema de la relación entre el individuo y el estado, suscitando ya la necesidad de una nueva teoría del hombre, que comienza a desarrollar en sus escritos de este año y hallará su culminación en los de la guerra civil.

Desde mayo vuelve a ocuparse —como había hecho ya en 1928, en *El Liberal* y en *Libertad*— de la sección dedicada a la «mujer» por el semanario *Diablo Mundo* que dirige Corpus Barga. Como sucede con un gran sector de los jóvenes intelectuales, el gobierno de coalición derechista, el acrecentamiento de las tensiones sociales, las sucesivas huelgas de CNT y UGT que culminan con la revolución de Asturias, en octubre, y su contundente represión por el Ejército, no hace sino radicalizar su pensamiento y acercarla —sin militar en ningún partido— a posturas políticas de izquierda, y a comenzar un diálogo, que no hará sino acrecentarse hasta 1939, con el Partido comunista, del que van formando parte, como afiliados o como «compañeros de viaje», numerosos amigos suyos.

En general, tales radicalización y diálogo van conduciendo su escritura a la ya nunca abandonada impávida errancia por las pasiones y los más íntimos y humillados movimientos anímicos. Mientras Ortega, Unamuno, Pérez de Ayala, Marañón y tantos otros de las generaciones del 98 y del 14 pierden la palabra o se hermetizan, o definitivamente (queda por oír la última paradoja y el grito heroico final de Unamuno el 12 de octubre de 1936, en el Paraninfo de Salamanca) se confunden y confunden a otros, comienzan, por el contrario, a ganar la palabra, a aflorar, aclarándose en el momento en que deciden su destino de perdedores (lo que, como en toda tragedia, aún no saben), María Zambrano y sus jóvenes amigos intelectuales, o los que seguirán in crescendo fieles a sí mismos y a una coherente idea de España, como son casos paradigmáticos el propio Blas Zambrano y su gran amigo, Antonio Machado.

En tal tesitura publica la joven pensadora los 4 artículos que —sin demérito de los ocho anteriores— significan el arranque de su filosofía: en la primavera, el desolado y radical «Límite de la nada»; en el verano, el ya «musical» «Por qué se escribe» —donde la dialógica de Zambrano, entre la soledad y el corro de los otros, aparece en toda su firmeza—; en el otoño, el fenomenológico «Ante la Introducción a la teoría de la ciencia de Fichte»; y al fin, en el invierno, el proyecto entero de su filosofar, en «Hacia un saber sobre el alma», que le costó la reprimenda del maestro (con razón, pues había roto el cordón umbilical con él), quien la llamó a su despacho, la recibió de pie y le dijo: «no ha llegado usted aquí (señalándose) y ya quiere irse lejos». Y sin embargo, con este artículo sobre el ordo amoris de Max Scheler no había hecho sino ser fiel a sí misma, y al orden y conexión en que veía estaba su pensar con la dinámica de su propio pueblo, por lo que había de salir de la retaguardia y dar la voz, la palabra y el rostro. Y arrostrar aquella aurora tan amenazada.

1935

Se ha ido haciendo ya costumbre para un grupo de estos jóvenes intelectuales —Bergamín, Sánchez Barbudo, Serrano Plaja, Dieste, Maruja Mallo, R. Gaya, I. Manuel Gil, S. Lissarrague, R. Gullón, Rosa Chacel y los más jóvenes, J. A. Maravall y E. de Azcoaga—, y ocasionalmente también Neruda, L. Rosales, Lorca o L. Cernuda, ir a tomar el té a casa de María Zambrano en la plaza del Conde de Barajas, los domingos por la tarde. Cela ha recordado cómo allí conoció a Miguel Hernández. Éste y Zambrano se hicieron entonces grandes amigos y juntos se iban, calle Segovia abajo, a sentarse junto al Manzanares, donde se cuentan sus respectivas penas de amor. El poeta de Orihuela dedicó a Zambrano su poema «Casa amarilla».

Con Miguel Hernández, Juan y Leopoldo Panero, Luis Rosales, R. García Tuñón, L. Felipe Vivanco, J. F. Montesinos, A. Serrano Plaja, Neruda, Delia del Carril, Bergamín, Gerardo Diego, aparece Zambrano en la foto del banquete en homenaje a V. Aleixandre, sentada entre P. Salinas y Díez Canedo. Es una de las pocas jóvenes mujeres que —como R. Chacel, M. Mallo o M^a Teresa León— figuran por derecho propio en los círculos intelectuales (masculinos): *Revista de Occidente*, *Cruz y Raya*, «Pombo».

Es ya sintomático el que en este año sólo aparezca un artículo suyo en *Revista de Occidente* —«Un libro de ética. (Sobre Ética general de R. del Prado)»— y que todos los conocidos versen sobre ética, crítica de libros políticos y balance político de la situación universitaria, como «El año universitario», que apareció en *El Almanaque Literario 1935* que conmemoraba los centenarios de Lope de Vega y del romanticismo español, con diversos apartados dedicados al año poético, novelístico, científico, etc.; y en el que se dan cita también J.F. Montesinos, Díez Canedo, B. G. Candamo, Lorca, Camón Aznar, A. Espina, F. Vera y E. Oliver. Pero más que un año de escritura, lo es de reflexión y diálogo político y de amplias lecturas: de él datan los encuentros decisivos con las obras de Dostoievski, Kafka, Proust y el desconocido en España (entonces y ahora) León Bloy, cuyas novelas, *Le desesperée* (1886), *La femme pauvre* (1897), ensayos, *Les dernières colonnes de l'église* (1903), y sus *Diarios* —*Le mendiant ingrat*; *Le peleurin de l'absolue* y *La porte des humbles*—, de 1892 a 1917, causarán en Zambrano un efecto tan duradero como el de su vida entera. Es también un año de intensas lecturas filosóficas: de un lado, descartes, Husserl, Kant, Fichte y Hegel; de otro, el pitagorismo, Platón, Plotino, los santos Padres y la gnosis; en el centro, Spinoza, sobre quien prosigue su inacabada tesis.



1936

A comienzos de año está enfrascada en Spinoza, sobre el que publica, en marzo, lo único que se conoce de su tesis: «La salvación del individuo en Spinoza». Ese mismo mes aparece, en *El Sol*, su «Ortega y Gasset universitario», nuevo bienintencionado intento de situar al maestro a la altura de la historia y de lo que Zambrano considera es el destino de aquél y su «figura». Ofreciendo el que cree sea el verdadero rostro del maestro, en realidad es ella misma quien da la cara. Vuelve a participar en mítines a favor del Frente Popular, al par que escribe otro de los artículos decisivos de esta época: «Desde entonces», que publica en primavera, en Noroeste de Zaragoza, y donde retoma la serie iniciada con «De nuevo, el mundo», y proseguida en «Nostalgia de la tierra» y «Límite de la nada».

El 18 de julio se suma al Manifiesto fundacional de la Alianza de Intelectuales para la Defensa de la Cultura (AIDC), en cuya redacción participa, y que aparece encabezado por Alfonso Rodríguez Aldave —enseguida su esposo— y en el figuran, entre otros muchos, sus más allegados, como L. Cernuda, M. Altolaguirre, Concha Albornoz, R. Chacel y su marido Timoteo Pérez Rubio, R. Dieste, Sánchez Barbudo, Serrano Plaja, J. Chabás, Bergamín o el filósofo E. Imaz. Había que estar con el pueblo, comprometerse íntegramente con él. El pueblo, puesto en armas; «Puesto en pie», escribirá inmediatamente Zambrano, en su artículo de Septiembre, «La libertad del intelectual», cuyos acentos, ideas y ardor resuenan todavía en *Viento del Pueblo* (1937), de Miguel Hernández: «Nuestro cimiento será siempre el mismo: la tierra. Nuestro destino es parar en las manos del pueblo».

Incardinada de lleno en las actividades de la AIDC, Zambrano tendrá, de inmediato, problemas en y desde esa Alianza. En: se la denuncia como fascista por haber participado en el FE. Ella misma provoca un «juicio», en el que comparece ante los aliancistas. Bergamín y Alberti zanjan la cuestión. Desde: en Asamblea de la Alianza del 30 de julio se ofrece a conseguir la firma de Ortega —en ese instante recluso, enfermo, en la Residencia de Estudiantes— para un manifiesto, muy mesurado, de apoyo a la República que habían ya firmado Machado, Menéndez Pidal, Marañón, Pérez de Ayala, Gustavo Pittaluga, Teófilo Hernando, Juan Ramón Jiménez, Juan de la Encina, Gonzalo R. Lafora, Pío del Río Ortega y Antonio Marichalar. Al frente de una comisión de aliancistas, Zambrano consigue convencer a Ortega de que lo firme también. No logra, en cambio, persuadirle para que hable a favor de la República en Radio América. Un año después, Ortega escribirá en su artículo profranquista «En cuanto al pacifismo» —incluido después en «Epílogo para ingleses» de *La rebelión de las masas*—: «Mientras en Madrid los comunistas y sus afines obligaban, bajo las más graves amenazas, a escritores y profesores, a firmar manifiestos, a hablar por radio, etc., cómodamente sentados en sus despachos, exentos de toda presión».



1937

El 14 de septiembre de 1937 María Zambrano se casa con Alfonso Rodríguez Aldave en el juzgado del Distrito de La Latina, y dado que su marido acaba de ser nombrado secretario de la embajada española en Santiago de Chile, partirán hacia allí a primeros de octubre. Durante el viaje —en el barco frutero Santa Rita, que recalca en varios puertos, atraviesa el canal de Panamá y bordea Ecuador y Perú hasta Valparaíso, desde donde viajan en tren hasta Santiago—, en la parada que realizan en La Habana, conoce, un día de octubre, al que será su más grande amigo: José Lezama Lima. En Santiago trabaja activamente por la causa republicana. Escribe *Los intelectuales en el drama de España*; envía a *Hora de España* su artículo «El español y su tradición»; publica en Argentina, en *Pan*, algunos artículos sacados de aquel libro, y probablemente también la «Carta al Doctor Marañón», en él incluida; y prepara la *Antología de Lorca* y el *Romancero de la guerra civil española*, ambas publicadas, como aquel libro, en la editorial santiagueña *Panorama*.

La angustia por estar lejos de España en aquellos momentos impele a Zambrano a volver a ella. Llegan el 19 de junio, el mismo día que cayó Bilbao; en el momento en que comienzan a acelerarse las salidas de tantos intelectuales republicanos. Su marido se incorpora al frente, y ella se integra a Hora de España, pasando a formar parte de su Consejo de Redacción. Vive en la valenciana Plaza de Castelar. Recuerda Francisco Giner haberla visto con frecuencia en el café Ideal, recién llegada de Chile. Participa en el II Congreso internacional de escritores para la defensa de la cultura, del 4 al 17 de julio, colaborando en la ponencia colectiva de los miembros de Hora de España. Durante este congreso conoce a Octavio Paz y a los cubanos Juan Marinello, Nicolás Guillén y Alejo Carpentier; pero, sobre todo, le impresionan César Vallejo y la gran pensadora francesa, a la que admirará toda su vida, Simone Weil, vestida entonces de miliciana. Entabla gran amistad con Emilio Prados.

Publica, en la valenciana Tierra Firma, un memorándum de las actividades culturales realizadas por la Alianza de intelectuales antifascistas, desde julio de 1936 a julio de 1937; y en Hora de España van apareciendo «Españoles fuera de España» —su más ardorosa muestra de patriotismo republicano—, «La reforma del entendimiento español», «Dos conferencias en la Casa de la Cultura» (de J. Marinello y N. Guillén) y, ya en diciembre, la recensión del libro de A. Machado La guerra, en que se enuncia, por primera vez, la «razón poética».

Es nombrada consejera de Propaganda y consejero nacional de la Infancia Evacuada. Participa en la reapertura de la Casa de la Cultura en Valencia —12 de agosto— y en sus actividades. Así, colabora en la gestión de la revista Madrid. Cuadernos de la Casa de la Cultura que dirigen Díez Canedo, a quien habrá de sustituir en el tercer número de la revista al marchar aquél a México. El 16 de noviembre le escribe una larga carta a R. Dieste en la que le expresa que la guerra de invasión sobre España, «la guerra de nuestra independencia me ha convertido, quiero decir que me sumergió absolutamente en lo español»; a más de señalarle algunas diferencias con él y manifestarle el cierto dilema en que ella se ve entre estoicismo y cristianismo, poniendo, nuevamente, de manifiesto su soledad y constatando la dispersión de los intelectuales.



1938

Interviene en numerosos actos públicos de afirmación republicana, tanto en Valencia como en Barcelona donde se traslada a vivir con sus padres y hermana Araceli a comienzos de año (número 600 de la entonces avenida 14 de Abril). A la vez que prosigue en todas sus anteriores actividades, colabora con La Vanguardia —«La nueva moral», 27 de enero, y «El materialismo español», 5 de febrero— y con la Revista de las Españas (julio, número 162, dedicado a la hermandad con Chile) —«Tierra de Arauco»—. Imparte un curso en la Universidad de Barcelona, en el que ocupan un lugar destacado el estoicismo, el pitagorismo y Plotino. Retoma la lectura de Heidegger, y de ahí, probablemente, que ahora escriba el escueto «Antonio Machado y Unamuno, precursores de Heidegger». Consta que es también ahora cuando hace una pormenorizada lectura de El concepto de la angustia, de Kierkegaard. Es relevante la réplica que le hace a E. Mounier en «Un testimonio para Esprit» (junio), en defensa del ministro español en La Haya, Semprún y Carro, y, en definitiva, constatando su fidelidad al gobierno republicano y como «un acto de fe en la dignidad y la libertad ultrajadas del pueblo español».

Junto a éste van apareciendo sus artículos mayores de la guerra; entre los que destacan «Un camino español: Séneca o la resignación» y «Misericordia»; los cuales hallan respectivamente, sus correlatos en sendas cartas: la citada a Dieste, y la durísima y beligerante que escribe a R. Chacel (entonces en París), el 26 de junio en Barcelona, bajo las bombas, y hablándole de los unamunianos y orteguianos errores que ella, Chacel, sigue, y de los «traidores» como Giménez Caballero, y de cuantos han hollado «la sagrada independencia de la patria». Carta esta en la que, además de «Misericordia», aparecen varios de sus proyectos filosóficos, como el de Filosofía y poesía, y un libro sobre una serie de españoles, con Séneca a la cabeza, que se convertirá en Pensamiento y poesía en la vida española y toda la serie de escritos sobre España. Y a pesar del radical asentimiento que Zambrano muestra en esta carta a la política y a las consignas oficiales, su libertad de acción y de pensamiento —la soledad y no vinculación a partido político alguno se patentizan expresamente también en esta carta— son menoscabadas en algún momento, como en la concesión del Premio Nacional de Poesía para 1938 de cuyo jurado formó parte, junto a Díez Canedo y Josep Renau: tras gran competencia entre Prados, Garfias, Serrano Plaja y Gil-Albert, se le otorgó a éste por Son nombres ignorados; fallado el premio, el siempre intervencionista Wenceslao Roces, subsecretario del Ministerio de Instrucción Pública, anula la decisión y otorga el premio a P. Garfias. No era nuevo: ya, al comienzo de la andadura de Hora de España, había obligado a suprimir de la «Elegía a García Lorca», de Cernuda, la estrofa referida a la homosexualidad de aquél. Nada de ello obsta para que Zambrano —como Machado, Tomás Navarro Tomás o Victorio Macho, quienes acabarían defendiendo a Roces— prosiga mediando entre enfrentados sectores de intelectuales y políticos. «¡Todos

unidos para salvar a España, traicionada e invadida, pero imperecedera y segura de victoria!», finalizaba el «Manifiesto de los intelectuales de España por la victoria del pueblo» que publicó La Vanguardia el 1 de marzo de este año, y en cuya redacción participó Zambrano, firmándolo, al igual que su padre, Don Blas, junto a un numeroso grupo de profesores, escritores, artistas, médicos, ingenieros y juristas. Con escritores y artistas se encuentra en el barcelonés Salón Rosa, donde, según recuerda F. Giner, «si María estaba [...] todo lo presidía su gracia natural, aquella como presencia de una ternura que con su chispa aventajaba al sitio —sin que ella se perdiera— de la inteligencia viva, también presente». Hubo de ser a mediados del año cuando A. Machado vio por última vez a su querido amigo, Blas Zambrano: «Vi a Don Blas por última vez en Barcelona — escribe el último Mairena póstumo— acompañado de su hija, esta María Zambrano que tanto y tan justamente admiramos todos. Pláceme recordarle así, ¡tan bien acompañado! Encontré a don Blas algo envejecido». El 22 de noviembre, Machado, que le escribe a María agradeciéndole el artículo sobre su libro La guerra («En él ha vertido usted —le dice— la cornucopia de su indulgencia y su bondad; pero como posee usted, además, mucho talento, su crítica casi parece justa»), todavía le pregunta por «mi querido amigo don Blas», y le cuenta su sueño del «arquitecto del acueducto», que no es otro que el propio Don Blas. Pero éste había muerto ya el 29 de octubre. A su muerte dedicará Machado uno de sus más hermosos artículos, y el último, de su Mairena póstumo, en el número XXIII de Hora de España. El mismo en el que también iban dos artículos de María: «Las ediciones del Ejército del Este» y «Pablo Neruda o el amor a la materia», donde todavía las palabras resisten y alientan.

Pero la guerra ya está perdida. En noviembre Zambrano se suma a los que acuden a despedir a los brigadistas internacionales. El 23 de diciembre 25 divisiones del ejército «nacional» inician la ofensiva de Cataluña.



1939

Ya hay que irse. Les echan de España. El 25 de enero, el mismo día en que capitula Barcelona, del número 600 de la Avenida 14 de abril salen Doña Araceli Alarcón, sus hijas, Araceli y María, dos niños, sus primos José y Rafael Tomero, Rosa, la criada, y «Mickey», el perro de los niños. les está esperando el gran coche negro, propiedad de Manuel Núñez, el último director general de Seguridad de la República; auto que unas semanas antes había abierto el gran cortejo que seguía la furgoneta fúnebre con el cuerpo de don Blas Zambrano, camino del cementerio de las Corts. Ahora, camino del exilio: Figueras, La Junquera, Le Perthus. Antes de llegar a la Junquera, el coche va muy despacio entre la inmensa muchedumbre que huye atemorizada, y ven a don Antonio Machado caminando casi inválido y sostenido por su madre. Ante su negativa a la invitación a subirse al coche María Zambrano baja de él y llega andando a la frontera con el poeta. En Le Perthus permanecen casi todo el día en un café hasta que consiguen albergue en el hotel Du Tourisme, en Salses. A los pocos días, María se reúne allí con su marido, y juntos parten a París, desde donde van a México; mientras, su madre y Araceli se quedan en Francia, donde les espera el calvario a que los nazis someterán a Araceli, tras la prisión en París de Manuel Núñez, finalmente extraditado por presiones de Serrano Suñer, y fusilado en Madrid.

El viaje a México lo ha relatado Zambrano en Delirio y destino: «Era como sentirse en vías de nacer a través de aquella agonía inédita». Tras una breve estancia en Nueva York, se dirigen a La Habana, donde María puede dar unas conferencias que les alivian la penuria en que están. Enseguida parten a México, reencontrándose con otros eminentes exiliados que han ido llegando, desde 1938, invitados por la Casa de España: Recasens Sitges, León Felipe, Moreno Villa, Ots Capdequí, Díez Canedo, Gutierrez Abascal, G. R. Lafora, Bal y Gay. Poco antes que ella han llegado A. Salazar, A. Medinaveitia, Blas Cabrera, P. Carrasco Garrorena, P. Bosch Gimpera, A. Trias, W. López Alba, y sus dos grandes amigos E. Prados y R. Dieste. Aún irían sumándose a la Casa de España, al par que Zambrano, otras muchas relevantes personalidades de las letras y las ciencias españolas; creándose, así, una compleja estructura de doce miembros de pleno derecho, quince residentes (entre los que se encontraban también Bergamín, B. Jarnés, J. Carner y el filósofo J. Xirau), más múltiples invitados y becarios, algunos comisionados especiales, así como otros miembros honorarios. En esta eximia Casa conoce a sus patronos, Cosío Villegas y Alfonso Reyes, con quien, desde entonces, le unirá una gran amistad. Ante tan eminente público, pronuncia Zambrano las tres conferencias sobre «Pensamiento y poesía en la vida española»: «Todos —y Alfonso Reyes el que más— quedamos fascinados —dirá F. Giner de la llegada de Zambrano a la Casa de España— [...]. Como estuvimos fascinados unos días después en el Palacio de las Bellas Artes cuando María Zambrano dio sus memorables tres conferencias antes de marcharse para Michoacán».

Octavio Paz recensionaba estas conferencias en el número 4 de Taller: «María Zambrano ha dado tres magníficas conferencias. El pensamiento [...] es singularmente nuestro siendo tan suyo. Anuncia en toda su apasionada riqueza un estado de espíritu que es ya el de muchos. Nostalgia de un orden humano, búsqueda y profecía de un logos lleno de gracia y verdad. Y esta angustia alcanza en María un tenso, hondo equilibrio».

La resonancia de estas conferencias no hace sino amplificarse con su inmediata publicación en libro: Pensamiento y poesía en la vida española. Su influencia es tan grande en el grupo poético de Taller: J. Alvarado, L. Zea, A. Quintero Álvarez. De entre los españoles fueron menos los que se ocuparon de unas y otro: F. Giner, E. Imaz o Moreno Villa. Sin embargo, Zambrano no puede quedarse como residente en la Casa de España y es comisionada, de modo permanente en la Universidad Michoacana

de San Nicolás de Hidalgo, en Morelia. Algunos testigos del momento han adivinado espurios motivos en tal remisión, y que, en todo caso, sus colegas no le dieron su verdadero sitio entre ellos. Curioso es que Gaos no la mencione ni una vez en sus Confesiones profesionales. En Morelia, el día 1 de abril, Zambrano comienza sus clases de Historia de la Filosofía explicando el concepto de libertad en Grecia, mientras en Madrid «desfilaban los gritos de la bárbara victoria», escribirá Zambrano en Violetas y volcanes, ya en 1989. Ahí recordará la Universidad de Morelia: «Una Universidad que tenía, como toda la ciudad, el color de Salamanca, dorada. se alzaban las inmensas buganvillas, que yo nunca había visto tan inmensas [...]. Comencé a dar mi clase en medio de ese silencio, en ese que tiene el indito, y lo digo con todo cariño, en ese silencio del indito mexicano. Y cómo me escucharon, cómo me arroparon. Su silencio fue para mí como un encaje, como una envoltura o una mantilla de esas que les ponen a los niños que tiemblan. Porque yo temblaba por todo y me quitaron el temblar».

En Morelia publica «Nietzsche o la soledad enamorada», en junio. Y el día 16 de ese mes finaliza «San Juan de la Cruz (De la noche oscura a la más clara mística)», que se publicará en diciembre en Sur, de Buenos Aires. Es ya el momento del «agua», de la disolución de todo rencor, en el mismo proseguido fracaso; del agua y de la visibilidad, de la transparencia. María Zambrano me dictó en el, al fin fracasado, dada su ya muy mala salud, intento de hacer un discurso enteramente nuevo para la recepción del premio Cervantes, en 1989, pero del que han quedado, aún así, unos bellísimos fragmentos: «Y hay lugares del mundo hispánico donde esta visibilidad se hace resplandeciente; y así en Michoacán, donde se me dio a conocer la experiencia de la unidad perfecta de la forma que hasta alcanzan los ínfimos reales del habla. Aquella lluvia angelical tan fina que me indicaba a mí y a mis pacientes alumnos que eran las cuatro de la tarde [...]. Allí en Morelia, cuyo camino yo no había buscado sino que el camino mismo me llevó a ella [...]. Fui sustraída a la violencia y me encontré en esa paz que se destaca con especial fuerza y delicadeza en aquella ciudad [...]. la revelación de un logos indeleble y secreto, misterioso e invencible de las letras hispánicas, aún por lograrse, recorriendo todas ellas como una música sin par que se da en múltiples lados y se hace notar que todavía no se ha acabado [...] de lograr enteramente».

Allí, y así, mientras —ironizaba Zambrano— es ella la facultad entera de Filosofía, impartiendo 5 ó 6 materias diferentes, finaliza Filosofía y poesía —el libro de temática general, gemelo de Pensamiento y poesía en la vida española— que editará Publicaciones de la Universidad Michoacana. También allí escribe otros dos artículos que, significando la síntesis de su larga e intensa andadura entre 1928 y 1939, inician, junto a esos dos libros, una nueva etapa de su pensamiento —que bien podemos denominar, simbólicamente, del «aguallama», por la misma simbología que, de este 1939 a 1945, la va a presidir—: «Poesía y filosofía» y «Descartes y Husserl». Pero, su camino no se detenía en aquella hermosa ciudad, donde vio crecer y firmó su propia paz, respondió a la llamada de las «islas» y del que sería su gran amigo y par: Lezama Lima. El día 1 de enero de 1940, María Zambrano está ya en La Habana.



1940

El día primero del año María Zambrano y su esposo están nuevamente en La Habana, donde ella dará clases en la Universidad y en el Instituto de Altos Estudios e Investigaciones Científicas. Allí encuentra un recinto (su «Cuba Secreta») amistoso cuyos polos fueron Lezama Lima y (en el más puro amor) el doctor Pittaluga, amigo de Ortega y a quien ya conocía desde Madrid. Desde Cuba, Zambrano se traslada con frecuencia a Puerto Rico, donde intermitentemente, hasta 1943, pronunciará cursos, seminarios y conferencias en el Departamento de Estudios Hispánicos de la Universidad de San Juan, así como en la Asociación de Mujeres Graduadas. Y «La agonía de Europa» (publicada en la revista Sur) es para Zambrano su propia agonía ante las de su madre (muy enferma) y su hermana Araceli, ambas en el París invadido por los nazis. Para Araceli comienza el calvario que la va a llevar a las puertas de la locura, acosada por la Gestapo, dado que conoce a uno de los personajes más perseguidos por el franquismo (y en concreto por Serrano Suñer), Manuel Núñez.

1941

La reflexión sobre España se ha ido expandiendo hacia la tragedia que vive Europa. Y el análisis de «La violencia europea» (Sur), se va a adentrar en las propias raíces de la esperanza que aquellas agonía y violencia deja entrever. Se dará ya el típico movimiento del péndulo filosófico zambrano: es el ir desde la destrucción y la oscuridad al íntimo punto de la luz que ellos celan. Para llegar a él, y como Zambrano considera que sucede con toda clarificación vital humana, ha de mediar una íntima profesión. Así recorre ella los caminos de los géneros confesionales occidentales, desde San Agustín: La confesión como género literario y como método («Luminar») precede a «La esperanza europea» (Sur, ya en 1942) que es la primera de las indagaciones de Zambrano guiada explícitamente por una antigua intuición (que poco antes ha manifestado, aunque no toda su complejidad, en «El freudismo, testimonio del hombre actual»): la primera «represión» real del hombre es la de la esperanza y la del tiempo. Se trata de la oclusión de los cauces de apertura de los múltiples tiempos que hay que liberar, única forma para que aquella esperanza se manifieste con plenitud y sosiego, más allá de sus trágicas máscaras de crimen y desesperanza.

1942

Continúa sus clases y conferencias en La Habana. En 1943 se va a vivir a San Juan de Puerto Rico, nombrada profesora de la Universidad de Río Piedras. Cada vez más el pensamiento de Zambrano se ve imantado hacia la consideración de las raíces de la violencia europea y las conexiones que haya entre ésta y sus formas de pensamiento, así como las escisiones que en ella se producen entre el «sistema» (filosófico) y el «poema». Todo ello pone en cuestión la misma idea de la libertad tal como eclosiona desde el idealismo alemán del siglo XVIII (Kant, Fichte, Shelling y Hegel). Todas sus clases y conferencias de esta época son la patentización de estos tres problemas. Y siempre con la mirada puesta en los dos polos que Zambrano considera son históricamente los gérmenes de una posible «razón mediadora» entre la violencia del pensamiento y los anhelos olvidados (por reprimidos) de la vida: el estoicismo y el pitagorismo, del que Zambrano encuentra es una continuación el neoplatonismo y, por modo singularmente atrayente para ella, el de Plotino. Asimismo profundiza considerablemente algunas tesis del «personalismo» y establece un diálogo muy crítico con el existencialismo.



1943-1945

Además de sus cursos en Puerto Rico y La Habana, en ésta Zambrano pronuncia algunas conferencias en la Asamblea de Profesores de Universidad en el exilio. De estos años procede el afianzamiento de su amistad con profesores españoles como García Bacca o Ferrater Mora. Y es en 1944 cuando hay que fechar con exactitud (entre mayo, en que publica «La destrucción de las formas» y el 7 de noviembre, cuando escribe carta a R. Dieste y se explaya al respecto) la nítida visión de lo que ha de ser la «razón poética». En aquella carta escribe: «Hace ya años, en la guerra, sentí que no eran "nuevos principios" ni "una Reforma de la Razón" como Ortega había postulado en sus últimos cursos, lo que ha de salvarnos, sino algo que sea razón, pero más ancho, algo que se deslice también por los interiores, como una gota de aceite que apacigua y suaviza, una gota de felicidad. Razón poética...es lo que vengo buscando. Y ella no es como la otra, tiene, ha de tener muchas formas, será la misma en géneros diferentes». Y en esta razón se dan cita Empédocles («hay que repartir bien el logos por las entrañas»), Plotino, y de forma particular, pero clarísima, Spinoza y Nietzsche: «(...) Por la alegría inmensa, por la beatitud que da e sacarse algo de dentro, de muy adentro, el volver a ser niño escribiendo» —escribe Zambrano también en aquella carta—. A su vez, en estos años da un largo curso en La Habana sobre «El nacimiento y desarrollo de la Libertad, de Descartes a Hegel»¹¹.

11. Existe una transcripción de estos cursos de Cintio Vitier, Litoral, T.2 cit, quien como asistente a ellos también ha relatado en su novela «De peña pobre» (1970): «La voz lejanísima de la que no se perdía una sola insinuante sílaba, la voz más hecha de silencio que de sonido, la voz sibilina de sirena interior de la profesora andaluza, peregrina de la Guerra Civil española, sacaba la filosofía del marco didáctico para mostrarla viva, desnuda, sutil y trágica». Los testimonios sobre la voz «transparente» y «sibilina» de Zambrano, pueden encontrarse, entre muchos otros, en Cioran, Octavio Paz, J. Miguel Ullán, C. Fuentes, Eliseo Diego, Lezama Lima, Jorge Guillén, J. Bergamín, E. Prados, R. Alberti, F. Mora.



Agosto de 1946

Viaja de La Habana a París —esperando visado y billete durante un mes en Nueva York— .ante la comunicación de la grave enfermedad de su madre. Cuando llegue, el día 6 de septiembre, ya estará enterrada. Y encontró a una Araceli que acababa de vivir una pesadilla (tras las torturas que le infligieran los nazis, la extradición de su marido desde la cárcel de La Cité a España, donde fue fusilado). Y esta penosa situación será la razón de que María Zambrano no abandone ya apenas un momento a Araceli hasta la muerte de ésta. En Delirio y destino (pág. 246) llegó a escribir: «ellas dos hacían una sola alma en pena».

1946-1948

Ambas hermanas permanecen estos años en París, gracias a la generosidad y protección de algunos amigos: del matrimonio griego Cervos, del que el marido fue un acaudalado banquero y experto encargado por Picasso para autenticar sus cuadros. María inició con Picasso cierta amistad que no tendría continuidad. Vivieron también en casa del escritor francés J. Charles Fal (Chaussée de la Muette, 8 bis) y con Octavio Paz y Elenita, su mujer entonces, en la Embajada mexicana en París. Conoció entonces Zambrano a lo más florido de la intelectualidad francesa: Malraux, Sartre, Simone de Beauvoir; pero con quienes realmente estableció una profunda amistad fue con el poeta Renè Char y con Albert Camús. Éste, el día que murió (1960) en accidente de automóvil, llevaba en el coche la traducción francesa para Gallimard de El hombre y lo divino. Y a más de las amistades con Juan Soriano, Bergamín o Ángel Alonso, ambas hermanas gozan de la del pintor inglés Timothy Osborne quien, hasta la muerte de María será su gran protector económico.

1948

María Zambrano se separa de su marido Alfonso Rodríguez Aldave. Existe constancia de que Zambrano estuvo en La Habana en algunos momentos durante este año

1949

Nuevamente María Zambrano, ahora acompañada por Araceli, se establece en Ciudad de México, en cuya Universidad le es ofrecida la cátedra de Metafísica que ha dejado vacante García Bacca. Habiendo aceptado inicialmente, renuncia a ella para trasladarse de nuevo a La Habana

1949-1953

Acaso hayan sido estos años los definitivos en cuanto a la maduración de su pensamiento. Conferencias, clases, incluso particulares, publicación de numerosos artículos, son las actividades que sustentan de forma precaria a las dos hermanas. Ante la convocatoria de un premio literario por el Institut Européen Universitaire de la Culture, para una novela o biografía, María Zambrano escribe y envía en menos de cuatro semanas Delirio y destino. Aunque este premio recayó en Vintila Oria, Gabriel Marcel, miembro del jurado —del que era presidente Salvador de Madariaga—, expresó su disenso y las razones por las que creía fuese el merecedor del galardón el libro de Zambrano. Obtuvo una mención de honor y se recomendó su publicación a la Guide du Livre. Zambrano, de hecho, no quiso publicarlo hasta su vuelta a España.

El prestigio de Zambrano en La Habana era grande. Desde Lezama Lima a Cintio Vitier, Eliseo Diego o el músico Julián Orbón, han manifestado que verdaderamente la que constelaba al más importante grupo de poetas, novelistas e intelectuales cubanos, era ella. A propósito de la antología de 10 poetas cubanos recopilada en 1948 por Cintio Vitier, Zambrano escribió «Cuba Secreta», artículo que supondría un hito para todos los intelectuales.

12. L. Lima, Ángel Gaztelu, Octavio Smith, Virgilio Piñera, Justo Rodríguez Santos, Eliseo Diego, Fina García Marruz, Gastón Baquero, Lorenzo García Vega y el propio Cintio Vitier.



1953

Araceli y María Zambrano abandonan Cuba —a la que ya volverá sola María, y por un período muy breve en 1954 Se instalan en Roma. Primero en un apartamento de la Piazza del Popolo y en los primeros años 60 en la del Flaminio. Elena Croce, Elemire Zolla, Victoria Guerrini (Cristina Campo, literariamente) son sus mejores amigos italianos. Y entre los españoles Ramón Gaya, Diego de Mesa, Enrique de Rivas, Rafael Alberti, Jorge Guillén. Solían reunirse en el café Rosati, donde también se daban cita otros muchos intelectuales italianos, como el círculo de Alberto Moravia y su esposa, Elsa Morante. «Nos movíamos muy bien —ha recordado Ramón Gaya¹³— por estos lugares: el Café Greco, Piazza de España, Via del Babuino, la Fruteria, la Trattoria (...) pero donde quizá he visto a María, no más feliz, ni más triste, si no más... plena, más

completa, ha sido en la Via Apia. A María le gustaba, sobre todo, llegar hasta un relieve muy perdido, muy gastado; de la tumba romana (...).

13. Abc, 7 de febrero de 1991, «He pintado ese momento».



1955

Fallece José Ortega y Gasset y su discípula publica en la revista *Ínsula* (n.º 119) su necrológica («D. José»).

En Roma, conoce Zambrano también a otros intelectuales españoles: algunos jóvenes literatos como Alfredo Castellón, y al poeta y traductor Tomás Segovia, a Alfonso Roig y Agustín Andreu, curiosos representantes y herederos de la Iglesia católica, de esa que Zambrano llama «religión de la luz». Entabla amistad también con Carlos Barral y Alfonso Costafreda, pero sobre todo con Jaime Gil de Biedma, quien en *Compañeros de viaje* (1958) le dedica su poema: «Piazza del Popolo (habla María Zambrano)». «Cuando iba Jaime Gil de Biedma a Roma», ha escrito Zambrano¹⁴, «solíamos pasear por la Via Appia, donde todavía tengo un amante que me espera (...) Mi enamorado (...) sigue allí, es una estatua... Allí, en Roma, entre la Piazza del Popolo, la Via Appia, el Rosati, en el lugar donde están apretados los cipreses, donde las almas te hablan, allí está el recuerdo de mi hermana Araceli y de Diego de Mesa y de Jaime Gil de Biedma».

Además de dirigir la sección de literatura española en la revista *Botteghe oscure*, trabaja incansablemente en dos grandes investigaciones: las referidas a «Filosofía y Cristianismo» y «Los sueños, el tiempo y el pensar». De los restos del naufragio —afirmará ella— de la primer surge *El hombre y lo divino*. Los avatares de los diversos enfoques fragmentarios de la segunda, conducirán a una serie de publicaciones: las tres versiones que hace de *Los sueños y el tiempo*, para sendas revistas *Diógenes*, de Buenos Aires y París (1957) y la traducción al italiano en 1960. Así mismo, envía al Congreso de Rougemont (1954) «El sueño creador», que en forma ampliada publicará en 1955. Todos los escritos de Zambrano desde 1953 a 1965 (...) configuran —en una multiplicidad de temas y singulares visiones— una continuada y coherente reflexión sobre el nacimiento de la forma a través de los sueños y de los tiempos, acerca del «sueño creador» que consume y consume las discontinuidades del tiempo de la vigilia y le hace entrar en el «ancho presente» donde la vida humana se hace posible y comienza a renacer. Y durante toda esta «etapa» de Zambrano, los motivos históricos, éticos y políticos se imbrican de forma renovada con la reflexión sobre la conciencia, la constitución del individuo y la persona, y los ya casi místicos vuelos que va adquiriendo el pensar de Zambrano. Así, *Persona y democracia* (1959), *La tumba de Antígona* (1967), establecen una peculiar relación entre la «historia trágica» (la realmente habida) y la posibilidad de una «Historia ética», que es, para ella, el único punto de fuga salvador del persistente «exilio» en que habita la tierra el ser humano. «La carta sobre el exilio» (1961)¹⁵ aparece así como uno de sus escritos más clarificadores para comprender desde qué perspectiva histórica está Zambrano creando su «razón poética».

Pero estos puntos de luz proceden de una gran penuria vital. Y aun de infiernos, en calificación de la propia Zambrano, en carta a Lezama Lima de 1956¹⁶. Araceli pasa gravísimas y sucesivas tromboflebitis entre 1957 y 1958. «Y lo más terrible: la situación económica», escribe Zambrano en una carta a su tía Asunción, el 31 de Agosto de ese año. «Pues yo tenía un poco de dinero de mi libro de Puerto Rico¹⁷ pero se gastó en poco más de un mes. Y luego... he tenido que escribir cartas y más cartas pidiendo dinero; he tenido que pedirlo prestado a los amigos de aquí, he tenido que mandar de prisa y corriendo trabajos míos a revistas para que me los paguen (...) Lástima que no tengamos una casa, siquiera una habitación para ofrecérsela. Tenemos dos divanes que ni sé cómo han resistido (...)». Pero los días romanos, además de por los amigos presentes, están acompañados por los ausentes. Existe de esta época una abundante correspondencia, entre muchos otros, con Lezama Lima, Emilio Prados, L. Cernuda, Bergamín (desde enero de 1954 a octubre de 1963 éste escribe a Zambrano, al menos, 14 cartas). Todas desde el más luminoso goce (no exento de venenosos venablos a diestro y siniestro) por encontrarse de nuevo en Madrid. Y en el balanceo desde el eufórico «venid pronto» al cauteloso «todavía no», el pájaro pinto siembra en María Zambrano la necesidad del «porque debes venir un día. Debes venir. Sufirás más si no lo haces. Pero todavía espera un poco más» —le escribe el 5 de octubre de 1963.

15 (...) Asimismo en *Los bienaventurados* el capítulo sobre «el exiliado».

16 Véase la contestación de Lezama Lima de marzo de 1956 en «*Cartas 1939-1976*», Orígenes, Madrid 1978.

17 Ha de referirse a *Persona y democracia* que, escrito en Roma en 1956, es enviado a Puerto Rico, donde lo publicará el Ministerio de Instrucción Pública en 1959

Agosto de 1964

Araceli y María Zambrano se ven literalmente expulsadas de Roma¹⁸. Fueron denunciadas por un vecino fascista, por causa de los múltiples gatos que tenían en su piso de Lungotevere Flaminio. Recibiendo la policía una orden de expulsión para dejar Italia en doce horas. A través de E. Croce y del propio hijo de Saragat accedieron a éste, entonces Presidente de la República, quien hubo de interrumpir un Consejo de Ministros para poder cancelar el susodicho mandato de expulsión. Pero en septiembre las dos hermanas, acompañadas de su primo Rafael Tomero, abandonan Roma para irse a una casa de la montaña del Jura, en La Pièce. Rafael Alberti ha relatado¹⁹ la escena de la salida de Roma: «(...) María iniciaba la partida hacia el pequeño caserío francés de La Pièce, en la frontera suiza, con toda su corte felina acuestas maullando desde el interior de mínimas jaulas».

18 La información que sigue sobre la salida de Roma me la ha proporcionado por carta Rafael Tomero.
19 Diario 16, 7 de febrero de 1991.



1964-1971

El 14 de septiembre de 1964 legan a la casa de La Pièce. «Parece un convento abandonado» —dijo María Zambrano al verlo— «pero tiene gracia». Aquilino Duque, Ángel Valente y los primos Rafael y Mariano Tomero fueron los más significativos valedores de las hermanas en aquella soledad. Y aquí María Zambrano trabajará y escribirá más que nunca. Amplía *El sueño creador*, publica *España, sueño y verdad*, y finaliza *La tumba de Antígona*. En 1967 aparece «La palabra y el silencio», artículo clave hacia los Claros del bosque. pero también son de esta época múltiples trabajos que figurarán luego *De la aurora*, *Los bienaventurados*, *Notas de un método* y *Los sueños y el tiempo*. A más de ello existen aún numerosos inéditos de esa época.

Y, aunque mínimamente, algo resuena en España de esta «rara» escritora. A través de la revista *Ínsula*, desde los primeros años 50. Ahora, *Los cuadernos del Norte*, *Papeles de Son Armadans* y *Triunfo*, de cuando en cuando, publican algún artículo suyo. A su vez, J. L. L. Aranguren publica en la *Revista de Occidente* (febrero de 1966) «Los sueños de María Zambrano» y enseguida aparece en *Ínsula* (septiembre) el artículo de J. A. Valente «María Zambrano y el sueño creador». En 1967, J. L. Abellán le dedica un estudio en *Filosofía española en América (1936-1966)*. Desde 1970 las hermanas tienen proyectado el irse a vivir en Torre del Greco, a la Villa Leopardi (llamada la «Ginestra» porque allí escribió el poeta este poema, sobre las faldas del Vesubio. A través de Elena Croce, la Villa le fue ofrecida a María Zambrano por el Comité Italiano para la Conservación de Monumentos. Lo impide la salud de Araceli que es progresivamente precaria. A pesar de la resistencia de María a internarla en una clínica, a finales de 1971 ha de acceder a llevarla a la de Belair donde conoce al gran psiquiatra español Ajuriaguerra. El día 20 de febrero de 1972 Araceli fallece como consecuencia de una aguda tromboflebitis. Pocos días antes de morir parece haberle dicho a su hermana: «María, desenróscate, que te prendes a mi como una serpiente. ¡Déjame morir!».

1972

Tras la muerte de Araceli, María Zambrano permanece cuatro meses en La Pièce. En el otoño realiza un viaje breve a Grecia como Timothy Osborne y su esposa Nancy, visitando Atenas, Delfos, Eleusis y Sounion.

1973

Todo este año vive nuevamente en Roma (trasladándose con frecuencia a La Pièce), en un hermoso ático de la Piazza dei Fiori que le proporciona su «hermano» Timothy Osborne. Vive voluntariamente aislada, retirada y sin un solo gato. «La

Máscara de Agamenón» o «El vaso de Atenas», testimonian ambos tanto aquel viaje a Grecia como el peso que le dejó la muerte de su hermana; el mismo que le hará escribir, ya para Claros del bosque, «La entrega indescifrable».



1974-1978

Vuelve a residir en La Pièce. Siempre acompañada por algunos íntimos amigos y sus primos Rafael y Mariano Tomero, María Zambrano lleva una vida de máxima concentración. Surge Claros del bosque, en cuya ordenación le ayudó J. A. Valente y que fue mecanografiando Joaquina Aguilar. Pero antes da a publicar el que acaso sea el escrito más clarificador de la «vía» que Zambrano viene recorriendo: «El camino recibido».

Y en un curioso movimiento de hacer renacer lo más valioso de la tradición española y de sus maestros y contemporáneos, va publicando sus más decisivos puntos de vista sobre: Machado y M. de Molinos (1975), García Lorca (1976), la Generación del 27 y E. Prados (1977), Miguel Hernández y Cernuda (1978), Pablo Iglesias, Bergamín, Miró (1979) y no deja de parecerme que Claros del bosque es la manera en que Zambrano pone en «obra» al propio San Juan de la Cruz. Zambrano allí, está manifestando, ya en una forma muy depurada, la filosófica y vital «autofagia» que ella declaró (en «San Juan de la Cruz de la noche oscura a la más clara mística»), había realizado el santo. Por ello, un escrito breve muy iluminador de esta frase es «El horizonte y la destrucción» (1975). No creo pueda comprenderse Claros del bosque sin tener en cuenta la conversión que en este libro se hace del «horizonte filosófico» (regido por la metáfora de la pura «visibilidad») en el «centro» de una razón poética (regida ya por una luz que es la sonorización de Apolo)²². Zambrano regresa del sentido al puro sonido. También el castellano gana con ello.

²² Tanto para El hombre y lo divino como para Claros del bosque, (...), es de sumo interés tener en cuenta el libro de Dumezil Apolo Sonoro.

1975

Lezama Lima le dedica su poema «María Zambrano» (recogido en Fragmentos a su imán): « María se nos ha hecho tan transparente / que la vemos al mismo / en Suiza, en Roma o en La Habana (...).

1977

Fallece aquel su gran amigo, y Zambrano escribe su «Lezama Lima: Hombre verdadero». El deterioro de su salud física es constante. Pero lo más penoso para ella es la progresiva pérdida de la vista. Cada vez le es más costoso leer y escribir. No obstante, va componiendo algunos fragmentos de De la aurora: «Los mares», «Tal como un péndulo».

1978

Se traslada a Ferney-Voltaire a un piso moderno, muy cerca del Chateau de Voltaire. Proliferan sus males y los de su primo y atento cuidador Mariano que ha de ser ingresado en Ginebra con una perforación de estómago. No obstante, sigue trabajando intensamente en la elaboración de lo que luego serán Notas de un método. Le escribirá el 2 de julio al poeta Edison Simons²⁵: «Son elocuentes los signos de que publicar es una transgresión para algunas personas entre las que me cuento (...) quemar todos mis papeles, irme a un verdadero desierto (...), no lo se. Y si creyendo saberlo, no encuentro modo, fuerza, capacidad ni quien me lleve —esto último sobre todo—, será mi destino, mi sentencia, quedarme en el confín». Las obras de Zambrano van adquiriendo un tono secreto, desde el que, como de puntillas, se hacen múltiples exégesis filosófico-poéticas de la gran tradición. Cierta «alquimia» filosófica va empapando todos sus escritos.

²⁵ Epistolario aún en prensa en Fugaz Ediciones, Alcalá de Henares, Madrid.

1979

El declive físico es inexorable. Pero ello no la rinde. El 12 de agosto escribe a Edison Simons: «Estoy incapaz de todo o casi todo. Necesito adentrarme en alguna secreta fuente de agua pura y vivificante, en silencio, con el pensamiento, eso sí, de los amigos que quiero hondamente. No me siento sola. Edi, no estamos solos». Y es precisamente ahora cuando, en la distancia, establece una gran amistad con María Luisa Lezama²⁶. Y siguen persistentes los recuerdos de su «Isla secreta» y los contactos epistolares y personales con ella: Cintio Vitier, Carlos Franqui, e incluso con algunos «foráneos» a quienes como «Cortázar», los conoció en ella.

26 La esposa de Lezama Lima, a la que Zambrano no llegó a conocer personalmente.



1980

Se traslada a Ginebra (Avenue de Secheron, 3). Allí todo pudiera ser más fácil. Rafael y Mariano Tomero, Orlando Blanco, Paloma Prados, Emma García y su esposo el profesor Luis López Molina, los médicos R. Pascual y el llamado (por María) «ogro» Zrumba, Carmen Petere, a más de Americo Ferrari, Chimo Verdú, o el propio Valente, «cuidan» de una María Zambrano cada vez más frágil y necesitada de todas las ayudas. Hay dos escritos publicados este año que acaso sean los mejores testimonios de su estado anímico: «No la llaméis, no la llaméis que no viene» (a la muerte, se entiende), y «La Noche del sentido —la aurora de la palabra es la noche del sentido». A su vez, su fidelidad personal y literaria a sus amigos se pone de nuevo en obra: «La mirada originaria en la obra de J. A. Valente» o «En la distancia (sobre José Herrera Petere)».

A propuesta de la colonia asturiana de Ginebra es nombrada hija adoptiva del Principado de Asturias. Es el primer reconocimiento oficial de Zambrano en España.

Y tras una Conferencia de J. A. Valente en el Colegio Mayor San Juan Evangelista de Madrid, se escucha allí la voz de María Zambrano, grabada en cinta por aquél, recorriendo «Algunos lugares de la palabra» (textos de Claros del bosque). Es la primera vez, desde 1939, en que se oye en España, en público, su voz.

1981

Desde la que comienza a ser la un tanto insostenible existencia de Zambrano en Ginebra, se abren algunos espacios de luz. Y, a su vez, los ecos de su voz comienzan a obtener en España ya más amplias resonancias. Le es concedido el Premio Príncipe de Asturias de Comunicación y Humanidades. El 13 de junio Zambrano aparece por partida doble ante la opinión pública española: el suplemento cultural «Sábado literario» del diario Pueblo le dedica íntegramente sus páginas. A las 10 de la noche, en Radio Nacional, se ofrece una larga entrevista con ella del poeta J. M. Ullán, en la que se le oyó decir «Es que es terrible volver al cabo de tanto tiempo. Yo siento la llamada. Yo quiero ir. Pero lo que no quiero es tirarme por la ventana. hay algo que todavía se resiste (...). Que sea lo que Dios quiera». En seguida Cuadernos del Norte le dedica un número especial (n.º 8, agosto). El ayuntamiento de su pueblo, Vélez-Málaga, la nombra hija predilecta.

1982

Desde el comienzo del curso 1981-1982, un Instituto de bachillerato de Leganés lleva el nombre de María Zambrano. El «Aula de Filosofía» de Sevilla celebra unas jornadas en su homenaje. En Madrid (Colegio Mayor San Juan Evangelista) se celebra, en mayo, un ciclo de conferencias sobre su pensamiento. Escribe a Jesús Moreno Sanz el 7 de mayo: «(...) fatigadísima; pero contenta, a punto de que aparezca la felicidad subsistente». Y el 18 de marzo: «¡Que maravilla la conversación de ayer tarde! Sentí la luz de Madrid. Pero el punto oscuro de la llama que espero se convierta, se disuelva». Finalmente el 2 de mayo: «Guárdame el secreto: es lo que más me mueve a ir, a dar alguna clase de filosofía²⁷, a morir, a irme muriendo así. Si encontrara lo paralelo indispensable en el vivir. A saber: una familia que me cuide (...) ¡Si Dios quisiera! Sola no puedo vivir en una casa (...)».

Ese año aparece en la Universidad de Málaga el libro María Zambrano o la metafísica recuperada, coordinado por Juan Fernando Ortega Muñoz, y en el que también participan José Luis López Aranguren, J. A. Valente, Alain Guy, A. Doblaz Bravo y Pere Gimferrer. A su vez, la Junta de Gobierno de aquella Universidad acuerda el nombramiento de María Zambrano como Doctora «Honoris Causa».

27 Se está refiriendo en la carta al Instituto que lleva su nombre.



1983

La salud de María Zambrano está muy quebrantada. Pero la decisión de volver está tomando fuerza. El lugar inicialmente elegido fue el convento de las Madres Agustinas de Valdepeñas (acaso considerara era su desierto, o su confín). A finales de junio (del 24 al 5 de julio) tuvo lugar el primer seminario sobre el pensamiento de María Zambrano²⁸. A ese seminario acudió la madre Clara, fundadora y Superiora de aquel convento²⁹, quien entabla una inmediata y singular amistad con María Zambrano. Cuando todo estaba preparado para que viniese a Valdepeñas, Zambrano cayó muy enferma. Los médicos que la atienden en Ginebra prácticamente la declaran desahuciada «por acabamiento natural de la vida». Acuciada por la artrosis, sin visión por cataratas en ambos ojos, y sufriendo una fuerte anemia, es internada en una clínica ginebrina.

²⁸ Las ponencias, comunicaciones y mesas redondas de este Seminario están recogidas en el libro de Zero-Zix El pensamiento de María Zambrano, 1983 y corresponden a los siguientes autores: Fernando Savater, Jesús Moreno Sanz, Amparo Amorós, Antoni Marí, Fernando Muñoz, E. M. Cioran, A. Colinas, Julia Castillo, J. L. L. Aranguren y J. A. Ugalde.

²⁹ Sobre la madre Clara apareció un artículo en el Ya (1 de julio de 1981), el artículo de Carlos Murciano «Madre Clara».

1984

Sorprendentemente Zambrano se recupera. En el mes de junio es operada de cataratas por el doctor Chanson (al que Zambrano dirá: «Sólo un doctor de la canción puede devolver la luz») en la clínica ginebrina de Beaulieu. El 24 de junio Jesús Moreno Sanz se desplaza a Ginebra a petición de Zambrano, con el fin de preparar los pormenores de su vuelta. Se ensaya una segunda tentativa. A Galapagar, a 33 km. de Madrid, que , a la postre, se mostraría también inviable. Y a la tercera... finalmente se apalabró un grande y luminoso piso muy cercano del Retiro: Antonio Maura 14, 4º B. Las iniciales desconfianzas de los dueños quedaron resueltas al saber que la inquilina sería María Zambrano. Eran parientes de Ortega.

El día 18 de noviembre Jesús Moreno Sanz fue a buscar a María Zambrano a Ginebra y el día 20, pisa de nuevo suelo español³⁰ en Barajas. Por deseo expreso suyo únicamente tenía un receptor oficial, el hijo de su amigo Pedro Salinas, Jaime, entonces Director General del Libro. En el aeropuerto estaban esperándola también algunos de sus amigos y familiares: Julia Castillo y Javier Ruiz, Aurelio Torrente, Pepe Tomero y señora.

En diciembre María Zambrano comenzó, ayudada por quien esto escribe, a ordenar y elaborar sus notas y escritos para De la aurora. A su vez, Fernando Muñoz inició con ella una revisión completa de El sueño creador.

Durante este año, en muy pocas ocasiones Zambrano salió a Madrid: algunos paseos al Retiro, un recital de Amancio Prada y un concierto en el Teatro Real. Fueron llegando numerosos amigos a su casa: Soledad Ortega, J. M. Ullán, Enrique Azcoaga, Alfredo Castellón, cesar Antonio Molina, J. L. L. Aranguren, y muchos otros a los que conoce personalmente entonces o en los años sucesivos, como Isabel García Lorca, Clara Janés, Jesús Aguado, Juan Carlos Marsé. Y siempre que estuvieron en Madrid la visitaron Octavio paz, Eliseo Diego, Gastón Baquero, García Bacca, R. Martínez Nadal, y, hasta poco antes de su muerte, Jaime Valle-Inclán. Y desde Málaga ,Juan Fernando Ortega Muñoz y en Vélez-Málaga su alcalde, Juan Gámez, iniciaron un eficaz proceso de acercamiento y muy concretas gestiones para facilitarle el regreso al pueblo, y en cualquier caso la vida en Madrid. Desde el primer día Mari Paz es su asistente y la médico Olga Fano se convierte en su médico de cabecera.

³⁰ He relatado lo que fue el regreso de Zambrano desde Ginebra a Madrid en «El regreso de María Zambrano», publicado en La Gaceta del Libro, 1-15 de diciembre de 1984, pág. 56.

1985

La actividad intelectual de Zambrano es incansable. El 28 de febrero es nombrada hija predilecta de Andalucía. Prodigamente moderadamente sus salidas: siempre al Retiro, al lado; alguna comida también en el cercano Hotel Ritz; al Instituto que lleva su nombre en Leganés; a la Academia de San Fernando; a «sus» barrios del Madrid de los Austrias y su casa de la Plaza del Conde de barajas. Reiteradamente frustra a voluntad su proyectada visita al también cercano Museo del Prado, por miedo a que ya no esté, o a que sus rincones preferidos —Velázquez, Zurbarán...— hayan sido retocados por una luz deslumbrante. Asimismo participará en un homenaje que en el Ateneo de Madrid se le tributa a Alfonso Reyes. Pasó sendas temporadas durante la Semana Santa y e verano en Galapagar en la casa que en el campo tienen algunos amigos suyos. A uno de éstos —el economista Carlos Manuel Fernández— le encargó enterrarse allí, bajo un cedro, a sus dos gatas; primero, este mismo

año, a «Tigra» (19 años) y el de 1987 a «Blanquita» (15 años). A finales de 1985 un amigo, amante de los gatos como ella, le regalo dos gatas grises, de un mes (Lucía y Pelusa) que estarían con Zambrano hasta su muerte.

1986

Como testimonia la multitud de artículos que Zambrano publica en este año, así como De la aurora y la reedición de El sueño creador, su actividad literaria no ha disminuido. Dado que la falta de visión le impide escribir por sí misma, siempre encontró alguna mano colaboradora dispuesta a ayudarle. A más de los dos mencionados, Elena Gómez (de la editorial Anthropos) colabora casi a diario con Zambrano en la ordenación y recopilación de artículos. Aparece Senderos que recoge varios escritos de Zambrano. Algunos de sus artículos son grabados en magnetofón por J. M. Ullán, quien el 11 de mayo publica una de las varias entrevistas que le hizo:

P.— ¿Desde este retiro te atreves a sospechar cómo está España?

R.— Me temo que no. Pero veo los informativos de televisión con cierta frecuencia y eso me quita la gana de vivir, no ya en España, ni en el mundo, sino en el universo. Es terrible lo feo que está el mundo. No hay un rostro de verdad, un rostro, puro o impuro, pero un rostro. El mundo está perdiendo figura, rostro, se está volviendo monstruoso. Y ahí, hasta San Juan de la Cruz viene en mi apoyo: «La dolencia de amor, que no se cura sino con la presencia y la figura... "¿Cómo amar a un mundo que no tiene presencia ni figura? ¿Cómo hablar siquiera de él? Hay momentos en que se me aparece de inmediato la posibilidad de no volver a hablar nunca. Pero luego me acuerdo, y me río, de esas personas a las que les da por hablar de silencio y no acaban nunca (...) Sí, encuentro que el mundo se está vaciando de pensamiento. Es horrible (...) Tal vez lo que yo siento es que no hago aquí ná... Me acuerdo de un proverbio árabe que le gustaba citar a Ortega: "Bebe en el pozo y deja tu sitio a otro" (...)».

1987

María Zambrano, no obstante, persistía en el ser y seguía amando la vida. Siempre que no estuvo indispuesta —lo que a partir de ahora sucedió con harta frecuencia— la casa de María Zambrano podía convertirse en lo que ella misma quería: «El arca de Noé»³¹. Cabían las más variadas especies. De esta época, acaso fuese un día privilegiado para ella aquel de primavera que habló (largamente) en el Servicio de Publicaciones del MEC sobre Lezama Lima. Es entonces cuando comenzó a preparar la publicación de Notas de un método (ayudada por J. C. Marsé) y la reedición de Filosofía y Poesía, La agonía de Europa, La confesión y Persona y democracia. En ello, Rogelio Blanco, que se había encargado de gestionar sus publicaciones, tuvo una intervención crucial. Hubo de marcharse Mari Paz, sustituida por María Dolores. En seguida volvió Mariano, y vinieron también a vivir con ella su primo Isaías Tomero y lovanna, su mujer, que hasta la muerte de Zambrano cuidaría de ella. En su casa de Madrid es realizada la investidura del Doctorado Honoris Causa acordado en 1982 por la Universidad de Málaga, a la que acuden su rector y el principal promotor de esta concesión, el catedrático de Filosofía J. Fernando Ortega Muñoz.

Se constituye en Vélez-Málaga la fundación que lleva su nombre, motivo por el cual tienen lugar sus primeras reuniones en su casa de Madrid. La intervención de la fundación será decisiva para lograr la definitiva tranquilidad en «lo paralelo e indispensable en el vivir», que gustaba decir a Zambrano, aunque desde su vuelta a Madrid no tenía ya agobio económico alguno: sus múltiples colaboraciones en prensa, las prontas publicaciones o reediciones de libros, una ayuda del Ministerio de Cultura (Dirección general del Libro) y algunos envíos del «hermano» Timothy Osborne, cooperaron en ello.

31 Existe un inédito suyo con este título.



Además de concluir Notas de un método, Zambrano escribe múltiples artículos, y sigue recibiendo a los amigos. Entre éstos, y a más de los mencionados, el pintor segoviano Jesús de la Torre y su esposa, quien le sirvió de enfermera en algunas ocasiones; Alfredo Castellón (con el que mantenía una gran amistad desde Roma) que durante estos y sucesivos años fue realizando los mejores documentales en vídeo existentes sobre María Zambrano. Y aquellos como Edison Simos o Chimo Verdú que específicamente venían algunas temporadas a Madrid fundamentalmente para estar con María Zambrano.

Y en el otoño le es concedido el Premio Cervantes por un jurado constituido por Jorge Sempérn, Rafael Lapesa, Pablo Antonio Cuadra, Emilio Alarcos, Alfredo Bryce Echenique, Alfredo Conde, Monserrat Roig, Carlos Fuentes, Juan Manuel Velasco y José María Merino.

1989

Antes y después de la recepción del Premio. Antes el nerviosismo, la perplejidad, la agitación (entrevistas, visitas «oficiales»), el empeoramiento de su salud, y literalmente la mudez y la imposibilidad de escribir. De diciembre del año anterior a marzo de éste se ensayó con ella el copiarle un discurso para la recepción del premio. No pudo ser. Han quedado unas notas encantadas (y alguno de sus mejores «delirios») aunque no aptos para una recepción oficial. El discurso oficial lo constituye un collage de escritos de María Zambrano que sabía y piadosamente compuso un poeta amigo suyo, basándose esencialmente en el escrito de 1955, «Lo que le sucedió a Cervantes» haciéndolo preceder de unas palabras introductorias acordes con la escritura y el pensamiento de Zambrano. Ella quedó completamente apaciguada con esta solución.

Después de la entrega del Premio: pasado el vendaval, volvió la palabra y la capacidad de trabajo. Comenzó a revisar con Rosa Mascarell —desde hacía tiempo contratada como (eficaz) secretaria— los escritos que formarán en seguida el libro *Los bienaventurados*, y también las más de 600 páginas que constituían, desde Roma, su investigación sobre *Los sueños* y el tiempo. Y fue preparando con Amalia Iglesias la recopilación que es *Algunos lugares de la pintura*. Decidió, asimismo, dar a publicar *Delirio* y *Destino*.

En octubre, y en su casa de Antonio Maura, el rector de la Universidad Complutense de Madrid, Gustavo Villapalos, le entregó el original de su título académico en la Universidad Complutense.

1990

Sin poder ya sostenerse en pie, en una silla de ruedas, Zambrano se exasperaba por momentos, y en otros caía en oscuros letargos, sin apenas articular palabra. Por días también alcanzaba una calma lúcida y gozosa que le permitió dictar algunos artículos y recomponer otros inéditos de épocas anteriores. «El cine como sueño», «Jaime en Roma» (Gil de Biedma), «Una parábola árabe», «La recreación», «Una injusticia» (su última señal de admiración por J. Besteiro), e «Impávido entre las ruinas» (sobre Azaña). Su último artículo publicado fue «Peligros de la paz», en noviembre: ante el horror que ella sentía se estaba apoderando del mundo, ante los sucesos del Golfo Pérsico, es éste su último acto escrito de esperanza y lucidez. Se publicó *Los bienaventurados*, y dejó copiado (por Rosa Mascarell) *Los sueños* y el tiempo, que ya habría de publicarse póstumamente.



1991

Pocos días antes de que la llevaran, por primera vez, al Hospital de la Princesa, María Zambrano le dijo por teléfono a su amigo Edi Simons «Estamos en la noche de los tiempos, Edison Simons, hay que entrar en el cuerpo glorioso». Y colgó. A mediados de enero hubieron de llevarse al hospital a Mariano. María creyó que iba él a morir, y literalmente se descompuso. Hubo que ingresarla aquejada de una infección respiratoria severa que provocó la descompensación global, pero se recuperó lo suficiente para volver a casa. Se reprodujo la infección. Vuelta a «la Princesa», habitación compartida, noches delirantes. Pero se recuperaba. La tarde del 5 de febrero estuvo muy serenamente charlando con Javier Ruiz, recordando amigos y secreteándole sus amores más ciertos. A mediodía del 6, mientras intentaba comer, le comenzó, de nuevo el (final) ahogo. Unos instantes angustiosos. Pero, una eliminación por medios mecánicos del exceso de secreciones, hizo que lentamente el corazón de María Zambrano se detuviese sin perceptible agonía. Estaban con ella Fernando Muñoz, Rogelio Blanco, Jesús Moreno Sanz, Teresa García, Esther Blázquez, Antonio (hermano de su gran amigo Alfredo Castellón). Al día siguiente se su muerte, se la trasladó a su pueblo, Vélez-Málaga, donde yace, entre un naranjo y un limonero, en una casita —que ella quiso en vida se le construyera— en el cementerio local. En la lápida, por previsorio deseo suyo, está inscrita la leyenda del *Cantar de los Cantares*: Surge **amica mia et veni**. A su tumba acuden —quizás porque allí les echan de comer— decenas de gatos de todos los colores. Allí también han sido trasladados los restos mortales de su madre y su hermana Araceli.

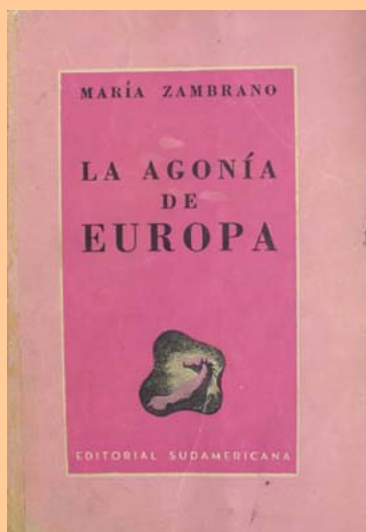


"Escribir es defender la soledad en que se está; es una acción que sólo brota desde un aislamiento efectivo, pero desde un aislamiento comunicable, en que, precisamente, por la lejanía de toda cosa concreta se hace posible un descubrimiento de relaciones entre ellas.

Pero es una soledad que necesita ser defendida, que es lo mismo que necesitar de justificación. El escritor defiende su soledad, mostrando lo que en ella y únicamente en ella, encuentra."

María Zambrano, Por qué se escribe

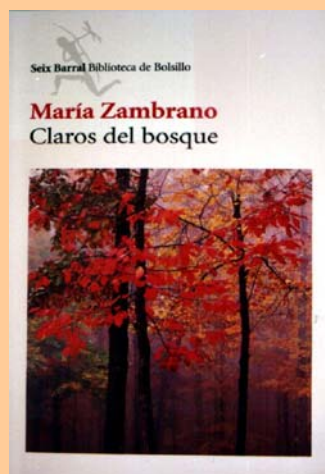
BIBLIOGRAFIA María Zambrano en sus portadas



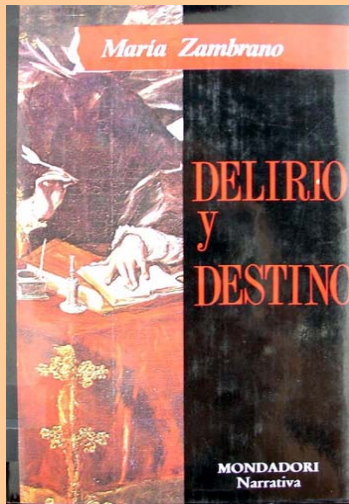
La Agonía de Europa



Algunos lugares de la pintura



Claros del bosque



Delirio y Destino



Dos escritos autobiográficos



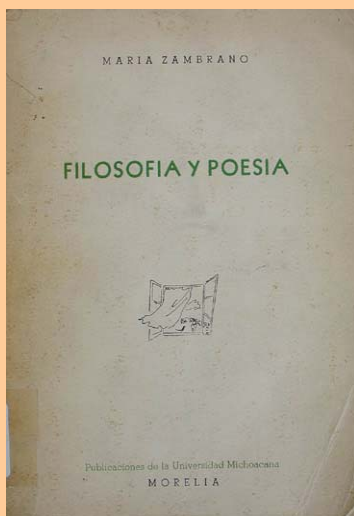
Dos fragmentos sobre el amor



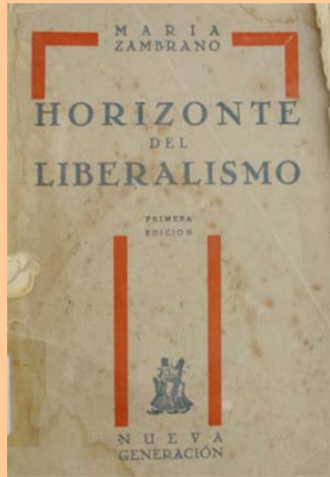
El hombre y lo divino



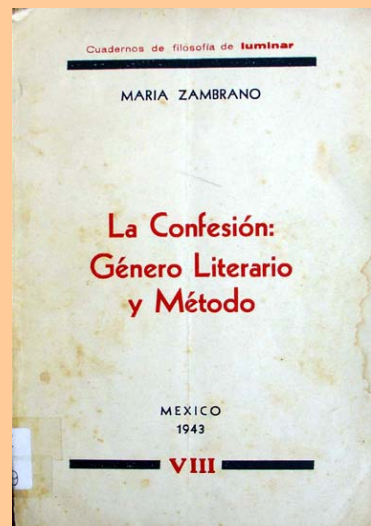
España, Sueño y Verdad



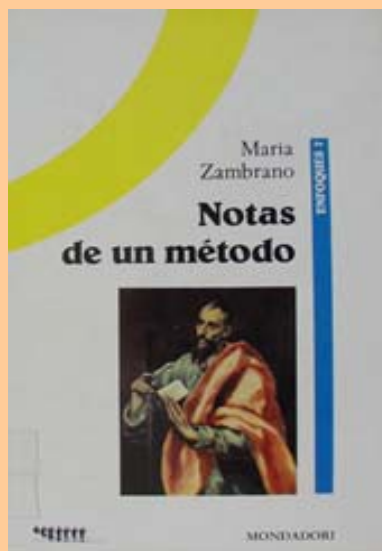
Filosofía y Poesía



Horizonte del Liberalismo



La Confesión: Género Literario y Método



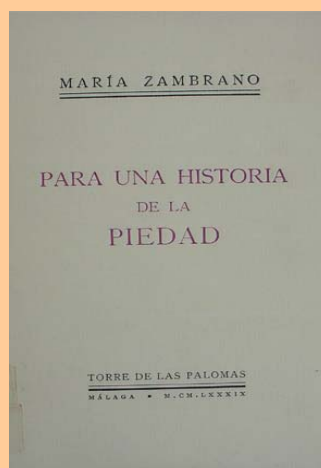
Notas de un método



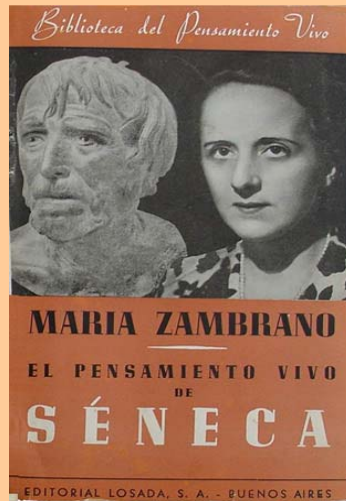
Orígenes



Persona y Democracia



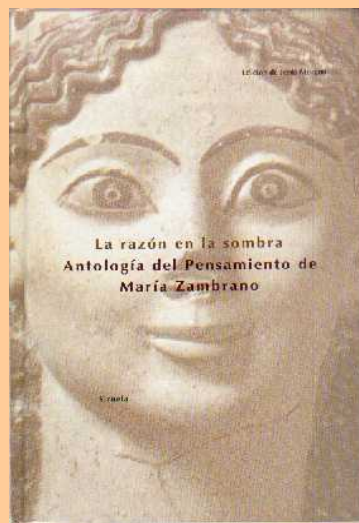
Para una historia de la piedad



El pensamiento vivo de Séneca



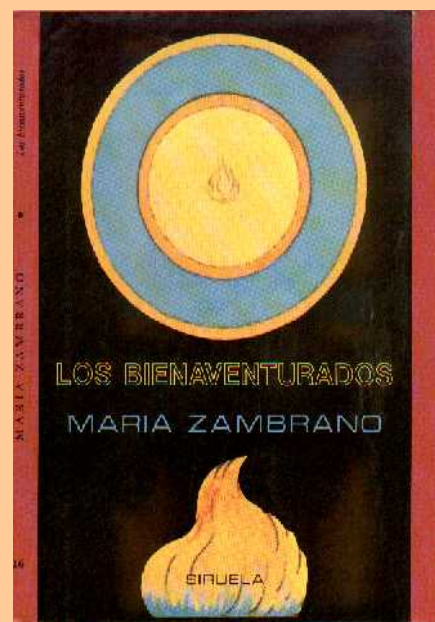
La tumba de Antígona



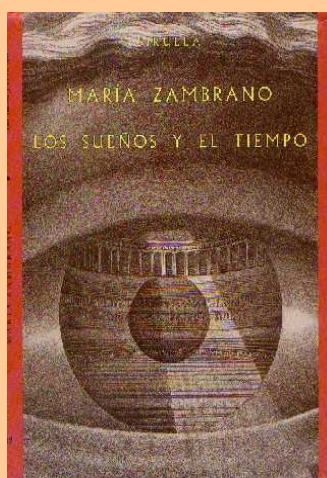
La razón en la sombra



Hacia un saber sobre el alma



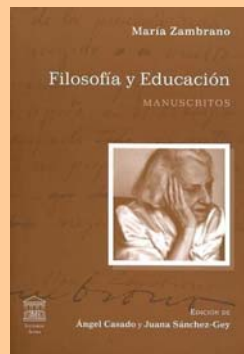
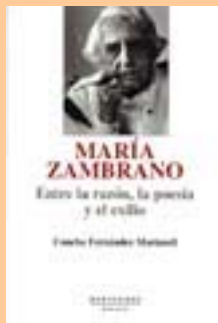
Los Bienaventurados



Los Sueños y el Tiempo



Los intelectuales en el drama de España



*"...Y yo había pasado por la vida
tan sólo de paso, lejana de mí misma."*

algunos breves textos de María Zambrano



ANTES DE LA OCULTACIÓN

Comencé a cantar entre dientes por obedecer en la oscuridad absoluta que no había hasta entonces conocido, la vieja canción del agua todavía no nacida, confundida con el gemido de la que nace; el gemido de la madre que da a luz una y otra vez para acabar de nacer ella misma, entremezclado con el vagido de lo que nace, la vida parturiente. Me sentí acunada por este lloro que era también canto tan de lejos y en mí, porque nunca nada era mío del todo. ¿No tendría yo dueño tampoco?

La música no tiene dueño, pues los que van a ella no la poseen nunca. Han sido por ella primero poseídos, después iniciados. Yo no sabía que una persona pudiera ser así, al modo de la música, que posee porque penetra mientras se desprende de su fuente, también en una herida. Se abre la música sólo en algunos lugares inesperadamente, cuando errante el alma sola, se siente desfallecer sin dueño. En esta soledad nadie aparece, nadie aparecía cuando me asenté en mi soledad última; el amado sin nombre siquiera. Alguien me había enamorado allá en la noche, en una noche sola, en una única noche hasta el alba. Nunca más apareció. Ya nadie más pudo encontrarme.



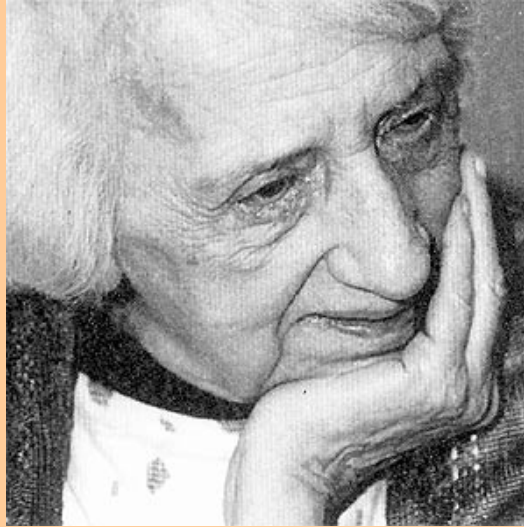
CLAROS DEL BOSQUE

No me respondes, hermana. He venido ahora a buscarte. Ahora, no tardarás ya mucho en salir de aquí. Porque aquí no puedes quedarte. Esto no es tu casa, es sólo la tumba donde te han arrojado viva. Y viva no puedes seguir aquí; vendrás ya libre, mírame, mírame, a esta vida en la que yo estoy. Y ahora sí, en una tierra nunca vista por nadie, fundaremos la ciudad de los hermanos, la ciudad nueva, donde no habrá ni hijos ni padres. Y los hermanos vendrán a reunirse con nosotros. Nos olvidaremos allí de esta tierra donde siempre hay alguien que manda desde antes, sin saber. Allí acabaremos de nacer, nos dejarán nacer del todo. Yo siempre supe de esa tierra. No la soñé, estuve en ella, moraba en ella contigo, cuando se creía ése que yo estaba pensando.

En ella no hay sacrificio, y el amor, hermano, no está cercado por la muerte.

Allí el amor no hay que hacerlo, porque se vive en él. No hay más que amor.

Nadie nace allí, es verdad, como aquí de este modo. Allí van los ya nacidos, los salvados del nacimiento y de la muerte. Y ni siquiera hay un Sol; la claridad es perenne. Y las plantas están despiertas, no en su sueño como están aquí; se siente lo que sienten. Y uno piensa, sin darse cuenta, sin ir de una cosa a otra, de un pensamiento a otro. Todo pasa dentro de un corazón sin tinieblas. Hay claridad porque ninguna luz deslumbra ni acuchilla, como aquí, como ahí fuera.



EL TEMPLO Y SUS CAMINOS

Una tinieblas que prometen y a veces amenazan abrirse. Y es difícil creer que quien recorre tal camino no se vea acometido por el tempor y un temblor casi paralizantes. Es la luz de un viaje más bien extrahumano, que el hombre emprendía asomándose al lado dé allá, a ese lado al cual se supuso, cada vez con mayor ligereza, que sólo se asoman los místicos. Es la luz que se vislumbra y la luz que acecha, la luz que hiere. La luz que acecha en la inmensidad de un horizonte donde perderse parece inevitable, y que hiere con un rayo que despierta más allá de lo sostenible, llamando a la completa vigilia, ésa donde la mente se incendiaría toda.

El pensamiento vivo de Séneca	El delirio oscuro	El tiempo
Los sueños y el tiempo	El origen de la tragedia	
España, sueño y verdad	Amo mi exilio	
De la aurora	A modo de autobiografía	
Los bienaventurados	Notas de un método	
El hombre y lo divino	Filosofía y poesía	
Por qué se escribe	Persona y democracia	
La tumba de Antígona	Delirio del incrédulo (poema)	
Hacia un saber sobre el alma	Correspondencia	
Discurso leído con ocasión del Premio Cervantes		



Antología

GEOGRAFÍA DE LA AURORA

Y las piedras preciosas, esas grutas de esmeraldas que nacen en sueños y al soñante acogen tan de verdad que éste conserva en la vigilia las huellas del tacto, a veces hecho memoria tanto o más que un lugar simplemente natural; y el color que sin nombre sostiene la retina por años, por duraciones sin fin, ese color visto tan sólo en sueños y ese felicísimo estar en la gruta, y aun el poder volver a ella encontrándola en tierras lejanas bañadas por otra luz. ¿Cómo suceden, cómo están ahí aseguibles aunque no enteramente, y sin

sombra alguna de terror, cosa tan extraña a toda gruta desconocida, por insignificante que sea? Este no tener, y no esperar, este estar sin esfuerzo alguno, esta patria perdida o esperada, donde se ha entrado sin saber cómo ni por qué, sin esperanza ni temor. Y ese vivir sin anhelar, ni apetecer, sin añorar sin soñar, duerme al fin en su gruta sin soñar señor alguno, que le haya herido y sin soñarse él a sí mismo, olvidado de toda herida.

El ciervo reposa sin herida, apoyada su cabeza sobre una piedra, flor azul.



LA LLAMA

Asisitida por mi alma antigua, por mi alma primera al fin recobrada, y por tanto tiempo perdida. Ella, la perdidiza, al fin volvió por mí. Y entonces comprendí que ella había sido la enamorada. Y yo había pasado por la vida tan sólo de paso, lejana de mí misma. Y de ella venían las palabras sin dueño que todos bebían sin dejarme apenas nada a cambio. Yo era la voz de esa antigua alma. Y ella, a medida que consumaba su amor, allá, donde yo no podía verla; me iba iniciando a través del dolor del abandono. Por eso nadie podía amarme mientras yo iba sabiendo del amor. Y yo misma tampoco amaba. Sólo una noche hasta el alba. Y allí quedé esperando. Me despertaba con la aurora, si es que había dormido. Y creía que ya había llegado, yo, ella, él... Salía el Sol y el día caía como una condena sobre mí. No, no todavía.



LA MIRADA

Sólo cuando la mirada se abre al par de lo visible se hace una aurora. Y se detiene entonces, aunque no perdure y sólo sea fugitivamente, sin apenas duración, pues que crea así el instante. El instante que es al par indeleblemente uno y duradero. La unidad, pues, entre el instante fugitivo e inasible y lo que perdura. El instante que alcanza no ser fugitivo yéndose.

Inasible. El instante que ya no está bajo la amenaza de ser cosa ni concepto. Guardado, escondido en su oscuridad, en la oscuridad propia, puede llegar a ser concepción, el instante de concebir, no siempre inadvertido.

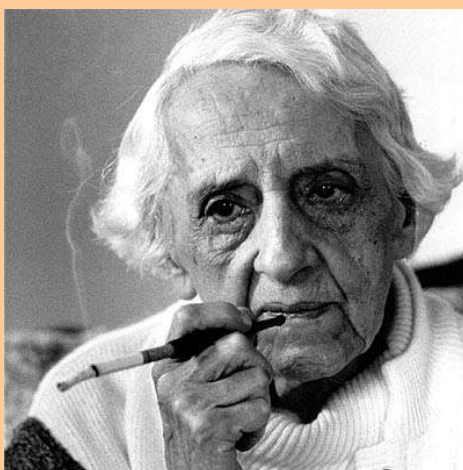
Y así, la mirada, recogida en su oscuridad paradójicamente, saltando sobre una aporía, se abre y abre a su vez, "a la imagen y semejanza", una especie de, circulación. La mirada recorre, abre el círculo de la aurora que sólo se dio en un punto, que se muestra como un foco, el hogar, sin duda, del horizonte. Lo que constituye su gloria inalterable.



LA PENSADORA DEL AURA

Nacer sin pasado, sin nada previo a que referirse, y poder entonces verlo todo, sentirlo, como deben sentir la aurora las hojas que reciben el rocío; abrir los ojos a la luz sonriendo; bendecir la mañana, el alma, la vida recibida, la vida ¡qué hermosura! No siendo nada o apenas nada por qué no sonreír al universo, al día que avanza, aceptar el tiempo como un regalo espléndido, un regalo de un Dios que nos sabe, que nuestro secreto, nuestra inanidad y no le importa, que no nos guarda rencor por no ser...

...Y como estoy libre de ese ser, que creía tener, viviré simplemente, soltaré esa imagen que tenía de mí misma, puesto que a nada corresponde y todas, cualquier obligación, de las que vienen de ser yo, o del querer serlo.



LO CELESTE

Por amplias que sean sus alas, la luz auroral que sigue al alba es como un boquete, un lugar que tiende a absorber y ofrecer al par la inminencia de que algo inconcebible aparezca. ¿Un ser? Un animal quizás, un ser viviente, se dibuja casi, está al dibujarse. Un ser viviente de aliento y de pasión, un fuego oscuro por indiscernible que luego resulta ser simplemente blanco. Un blanco inextenso, un ser sin extensión. ¿Pensamiento? Mira tan sólo. Es una mirada, ya que la mirada de todo aquello que se manifiesta visiblemente es lo único que no tiene extensión y, aun más, la borra.

Llega la mirada anulando la distancia, quien la recibe queda traspasado, raptado o fijado; fijado, si es la mirada de la luz. Y cuando la luz nos fija es que nos mira, y, al mirarnos, ¿se sabría decir lo que sucede? Y, por no saberlo decir, se borra: no crea memoria.

Y así, de esta mirada de la luz, nace, podría nacer, ha nacido una y otra vez un pensamiento sin memoria. Un pensamiento liberado del esfuerzo de la pasión de tener que engendrar memoria y, en su virtud, liberado también de toda representación y de todo representar.



DELIRIO DEL INCRÉDULO

Bajo la flor, la rama;
sobre la flor, la estrella;
bajo la estrella, el viento.
¿Y más allá?
Más allá, ¿no recuerdas? , sólo la nada.
La nada, óyelo bien, mi alma:
duérmete, aduérmete en la nada.
[Si pudiera, pero hundirme...]
Ceniza de aquel fuego, oquedad,
agua espesa y amarga:
el llanto hecho sudor;
la sangre que, en su huida, se lleva la palabra.
Y la carga vacía de un corazón sin marcha.
¿De verdad es que no hay nada? Hay la nada.
Y que no lo recuerdes. [Era tu gloria.]
Más allá del recuerdo, en el olvido, escucha
en el soplo de tu aliento.
Mira en tu pupila misma dentro,
en ese fuego que te abrasa, luz y agua.
Mas no puedo.
Ojos y oídos son ventanas.
Perdido entre mí mismo, no puedo buscar nada;
no llego hasta la nada.

Roma. Enero, 1950. Hotel d'Inghilterra

EL AGUA ENSIMISMADA

Para Edison Simons

El agua ensimismada
piensa o sueña?
El árbol que se inclina buscando sus raíces,
el horizonte,
ese fuego intocado,
¿se piensan o se sueñan?
El mármol fue ave alguna vez;
el oro, llama;
el cristal, aire o lágrima.
¿Lloran su perdido aliento?
¿Acaso son memoria de sí mismos
y detenidos se contemplan ya para siempre?
Si tú te miras, ¿qué queda?

1950. Roma (antes de abril) .

Albergo d'Inghilterra.

La Pièce, 2 de febrero de 1978

MUCHAS GRACIAS

Muchas gracias;
muchas, muchas gracias.
Qué va. Está muy bien.
Dispéñeme, señora.
No hay de qué.
Está completo, pero está muy bien.
Un farsante, un cuentista,
un enterao
-la Place de l'Alma-, un cualquiera,
me da igual.
Cuando usted quiera.
Ah, señora, ¡si usted supiese!
Está bien.
Aquellos buenos tiempos...
Mas París es París, y está muy bien.
Aunque no lo comprendo.
L'Étoile, Notre-Dame, Les Champs,
se sabe, ¿por qué no?
Encuentro, encontraré, ¿encontré
ya?
Entonces, apresúrese, vaya.
¿Por qué no?

María Zambrano
entre nosotros

María Zambrano
entre nosotros





La relación epistolar de **Gustavo Pittaluga** y **María Zambrano**

por **Rogelio Blanco Martínez**

Al término de la Guerra Civil, los victoriosos pusieron en funcionamiento todo tipo de recursos a fin de expedientar, perseguir, encarcelar o ajusticiar a los vencidos. La dinámica iba desde la descalificación personal –en el mejor de los casos– al aniquilamiento. Ciertamente, ante el pánico que causaban los ganadores cainitas, un colectivo ingente optó por el exilio. Muchos vencidos tuvieron que renunciar a la patria de origen, la España legal por la que lucharon, y trataron de asentarse en otras. Algunos lograron una nueva patria de «destino»; y a gran número de ellos sólo les restó como patria el exilio.

Trasterrados o encarcelados, exiliados o perseguidos, todos se sintieron «a-terrados» (sin tierra). A quienes alcanzaron el exilio también se les castigó con el modelo de justicia imperante. Al abrir nuestros archivos encontramos miles de expedientes solicitados desde todos los ámbitos de represión. Concretamente en el caso del doctor Gustavo Pittaluga Fattorini, con expedientes en el Archivo General de la Administración, de la Guerra Civil, Causa General, o en el de Educación, aparecen numerosos informes emitidos, entre otras instancias, por el Juzgado Especial de Ejecutorias, la Brigada Político-social, el Juzgado de Instrucción Criminal, el Tribunal Especial para la Represión de la Masonería, la Comisión depuradora de Cultura y Enseñanza y la Falange Española Tradicionalista y de las JONS.

Reproduzcamos este último informe a modo de ejemplo:

SALUDO A FRANCO
¡ARRIBA ESPAÑA!
INFORME DE:

GUSTAVO PITTALUGA, Consejero que fue del Instituto IBIS, vecino de Madrid y con domicilio en la calle Blanca de Navarra, n.º 4.

Perteneció en su vida política y hasta los albores de la República al partido que acaudilló D. Melquiades Álvarez, formando parte de su Consejo Nacional y siendo uno de sus mejores colaboradores.

Al advenimiento de la República, abandonó a dicho señor manteniéndose en una situación aparente de independiente, siendo por el contrario amigo íntimo de Azaña y uno de sus colaboradores más eficaces.

Mantenía estrecho contacto con las Logias masónicas y era de carácter extremadamente laico, siendo uno de los que censuraron abiertamente la labor del Ministro de Instrucción Pública Sr. Pareja Yébenes, por oponerse éste a suprimir la enseñanza religiosa.

Hombre de malísima reputación moral, aprovechaba su reputación científica para hacer toda clase de negocios, siendo público que en cuantas oposiciones tomaba parte como Juez, vendía su voto al mejor postor.

De origen italiano, fue enemigo del régimen fascista aunque mantenía relaciones científicas con personas de ciencia de aquel país.

Estuvo constantemente intrigando para que le hicieran Ministro los izquierdistas, pero su reputación moral era tal, que ni aun éstos se atrevieron a hacerlo.

Su conducta política era: Izquierdista, Laico, y en estrecho con-tacto con el Gran Consejo Federal Masónico, Firmante de manifiestos defendiendo al Frente Popular, e indeseable.

El resto de informes abundan en las inclinaciones ideológicas del doctor y algunos datos biográficos, y son una muestra de des-consideración y de falta de objetividad'.

El doctor Pittaluga sale de España en los inicios de la Guerra Civil (1936). Viajó a París y aceptó el cargo de jefe de los Servicios de Transfusión de Sangre del Hospital Saint Antoine. Era una figura reconocida en Francia, no en vano había recibido el título de doctor honoris causa por la Universidad de la Sorbona.

Gustavo Pittaluga había decidido quedarse a vivir en España en 1903, tras su participación, invitado por Ramón y Cajal, en un Congreso sobre Paludismo celebrado en Madrid. Convalida estudios, se casa y adquiere la nacionalidad española. Pronto destaca como científico eminente y experto en epidemiología y entomología. Descendiente de otro doctor italiano noble –el doctor Ballesteros, su abuelo, fue médico de Napoleón durante su campaña en Rusia–, e hijo del general Giovanni Pittaluga, experto en topografía militar y gobernador militar de Venecia durante la Primera Guerra Mundial, se implica activamente en la política española, concretamente en el Partido Reformista de Melquiades Álvarez. Hombre de ideas progresistas y liberales, luchó contra la Dictadura de Primo de Rivera y fue diputado con la República. Durante la Dictadura primorriverista entró en contacto con profesores y estudiantes agrupados en torno a la FUE (Federación Universitaria Española), donde participaban activamente Unamuno, López Rey, Jiménez de Asúa y otros.

(Para mayor conocimiento biográfico de G. Pittaluga se remite a R. Blanco Martínez: «Gustavo Pittaluga (1876-1957). Un renacentista que asume su destino,, Revista de Occidente, n.º 307, diciembre 2006)

La FUE convoca manifestaciones de profesores y estudiantes y la Dictadura actúa con rigor contra ella. Expedienta al joven profesor Jiménez de Asúa ante el alboroto producido entre los estudiantes al solicitarse el traslado de los restos de Ganivet y la inauguración del monumento a Cajal (1926) para «corregir» la primera inauguración, realizada por Primo de Rivera.

El doctor, junto a sus nuevos amigos, participa en el intento de crear la Unión Libre de Estudiantes, así como la LES (Liga de Educación Social, 1928), organización con claros ecos de la constituida en 1914 por Ortega y Gasset (Liga de Educación Política).

Convocatorias, manifestaciones, detenciones, renunciaciones a cátedras (Fernando de los Ríos, Wenceslao Roces, Ortega y Gasset, Jiménez de Asúa, etc), firma de convocatorias contra la Dictadura (Sánchez Álvarez, Azorín, García Morente, Pedro Salinas, Américo Castro, Menéndez Pidal, los hermanos Xirau) o la negativa a realizar pruebas finales de curso, como hizo por ejemplo Gustavo Pittaluga, fueron algunas de las actuaciones que se llevaron a cabo.

La lucha contra la Dictadura o a favor de la República une al sector progresista de la intelectualidad española. En este afán se produce el encuentro del doctor Pittaluga y la joven filósofa María Zambrano. El, hombre de prestigio, casado y veintiocho años mayor que ella, admira la lucidez de la joven y su compromiso socio-político. La filósofa andaluza participa en discusiones que entonces se consideran propias de hombres, escribe artículos de política, un tratado sobre el Horizonte de liberalismo y se enfrenta a sus maestros (p.e. a Ortega y Gasset y a Gregorio Marañón). A la vez que participan de este compromiso, si bien uno se afilia al Partido Reformista y la otra se vincula al de Pablo Iglesias, surge entre ellos, ya antes de la guerra, una relación que va más allá de lo intelectual. Relación que se interrumpe con el matrimonio de la filósofa con el historiador Alfonso Rodríguez Aldave.

Historiador y filósofa marchan destinados (1936) a la embajada española en Chile. Vuelven a España para luchar por la República y al final de la guerra se exilian (Francia, México, Cuba, etc). En Cuba, donde también se halla exiliado por entonces el doctor Pittaluga, se divorcian y cada uno sigue su periplo.

Gustavo Pittaluga sale de París por primera vez en 1937 para participar en un Curso sobre Higiene en México, y estando allí lo invitan a dar una conferencia en la Institución Hispano Cubana de Cultura. Llega a La Habana en diciembre de 1937 e imparte conferencias sobre la sangre. Tras su regreso a París es nombrado presidente de la Sociedad Francesa de Hematología, pero la situación bélica en Europa hace que vuelva a América (1942). Allí tiene que revalidar sus títulos y, al igual que al resto de profesores españoles, no se le permite entrar en el claustro de la Universidad. Zambrano ya residía en Cuba y gozaba de la amistad del círculo de Orígenes, y más concretamente de Lezama Lima.

Ambos imparten conferencias para sobrevivir. En el caso de Zambrano el marido no hace ninguna contribución económica, uno de los hechos que provocará la crisis matrimonial y el divorcio. El doctor, haciendo uso de sus vastos conocimientos, publica, traduce, ingresa en academias y se implicará en la vida cubana hasta el fin de sus días. Muere en la Sala «Borges» del Hospital Calixto García el 27 de abril de 1956. Reposa en la isla sin que se cumpla su deseo de reposar a la sombra de un ciprés cerca del Mediterráneo. Y ese mismo año muere en Nueva York quien creo fue el gran amor de María Zambrano: su primo Miguel Pizarro. La relación de la filósofa con Pizarro fue tormentosa. Su padre, Blas Zambrano, la interrumpió drásticamente por considerarla incestuosa. María me habló con frecuencia de aquella relación sentimental, que Águeda Pizarro, hija de Miguel, reflejó poéticamente en un libro. La filósofa prolonga su exilio en Francia, Italia y Suiza. Regresa en 1984 a España y muere el 6 de febrero de 1991.

Entre la filósofa y el doctor, además de la amistad que refleja esta correspondencia, hubo una relación de compromiso político e intelectual. Tras la obra de Pittaluga *Grandeza y servidumbre de la mujer*. La posición de la mujer en la historia, se siente la mano de Zambrano, si bien ésta, en una reseña que realiza del libro, muestra ciertas disconformidades con los planteamientos del doctor en torno a la tarea que por destino le corresponde a la mujer en la historia del género humano. No obstante, recorriendo la obra ensayística de ambos –en el caso de Pittaluga, la no médica–, vemos que abunda en conceptos cristianos como piedad, misericordia y caridad; así ocurre también desde luego en la filósofa –¿y qué decir de los títulos de aquellas obras suyas donde se trata del destino?

La correspondencia que aquí se presenta es sólo una selección de la enviada por el doctor a la filósofa, pues se desconocen las cartas de ésta, y en ella se muestran los avatares del exilio de dos seres que comparten necesidades y sentimientos, consuelos y desamor. Esta pequeña muestra de efusiva correspondencia intelectual y afectiva da cuenta de la intensidad de aquella relación y refleja la situación angustiada de quienes sufren la escasez material y los vacíos que produce el exilio. José Gaos consideraba que algunos exiliados perdieron la patria de origen (España), pero lograron otra de destino, en su caso México, y a éstos los denominó *trasterrados*; Pittaluga y Zambrano, como otros muchos, perdieron la patria de origen y no lograron reemplazarla por otra de destino; toda su vida quedó marcada por el exilio.

Zambrano regresaría a España, pero necesitaba ya el exilio como destino («Amo mi exilio»). Quizá para ellos el exilio fue patria que les nutrió y les sustentizó, lugar de acogida frente a tanto desgarró. Zambrano reposa en su pueblo na-tal, Vélez-Málaga, al lado del Mediterráneo. Pittaluga aún espera la sombra del ciprés y el aire de esta España que tanto le atrapó.

R. B. M.

Cartas a María Zambrano

Gustavo Pittaluga

I

Creo que he llevado a cabo una obra buena, de trascendencia para España. Creo que la he cumplido honestamente, con el alma libre de todo lo que atañe a mi persona. Creo que he conducido la labor colectiva con serenidad y firmeza y que he logrado encauzarla hacia soluciones de concordia. Creo que mis compañeros saldrán de aquí con el espíritu reconfortado, con una nueva visión de sus deberes y de sus posibilidades futuras. Me siento satisfecho de ello, dentro de una gran fatiga que nadie puede medir –de la cual nadie quizás ha podido apreciar el reflejo externo– y que procede también de otras causas, que nadie ha de conocer. En este mismo momento de mi vida, he logrado también ver publicado mi libro sobre La patología de la sangre, en que están recogidos mi experiencia de, treinta años y los trabajos de mis discípulos y colaboradores de Madrid. Y al propio tiempo, he tenido el supremo consuelo de encontrar uno de los más nobles espíritus femeninos que puedan existir, la forma de un ensueño ideal, que con toda la riqueza de su gracia y de su bondad me ha asistido y me asiste en mi angustia, en el ansia inagotable que compartimos ante la dolorosa realidad de la vida. Pero esta mujer no me pertenece. No es asequible para mis anhelos sino a través de horribles transacciones de la aspiración a la belleza, incompatibles con la pureza que es una condición esencial.

Basta pues de vivir. Creo que el destino se ha cumplido y que hay que entrar en la negra noche eterna del olvido.

1.º de octubre de 1943. La Habana

II

La Habana, 10 de sept. 1946

Muy querida amiga,

No olvidaré nunca la línea roja del alba de aquel sábado 7 de septiembre. Eran las 5 de la mañana. Me levanté con el sobresalto de quien recibe una orden, una llamada –una advocación. La línea roja del horizonte parecía una espada que cortara el espacio. Cortaba en verdad –había cortado ya– el hilo de una vida del que es-tuvo pendiente durante estos meses últimos la vida de usted; y yo, que la quiero como una hija, estoy lejos; y el espacio es inmenso, y el tiempo corre inexorable; y el dolor penetra hondo en los huesos; y todo se funde en una amargura que no deja lugar ni para la protesta contra el destino ni para la resignación ante Dios.

¿Qué decirle?

Sólo quiero que sepa que estoy allí con usted, que estoy cerca de usted, que estoy en usted y que quiero tener un sitio en su corazón angustiado.

Suyo siempre,

Gustavo

III

Noche del jueves 14 de septiembre de 1944.

Han pasado muchas horas desde que nos hemos dejado. Muchas horas durante las cuales mi alma ha fluctuado entre nubes negras, pavorosas y el leve resplandor de una luz lejana, de una estrella que aparece, desaparece, reaparece, trémula, apagada, casi invisible. La he de perseguir, la he llamado. ¿Cómo darle ese dulce nombre de lucero que ha desaparecido de tus labios? Y las nubes se han apoderado del cielo, lo han transformado en un caos tempestuoso. Estoy en él. He dudado mucho antes de reanudar este diario. ¿Para quién escribo? ¿Qué ojos, torvos en el resentimiento, leerán estas líneas? Escribo pues para mí solo. Para la soledad de mi alma, que has dejado en medio de la calle como un niño abandonado. Hay una tempestad en torno mío. ¿Por qué sigo escribiendo? ¿Para qué? ¿Para quién?

Te he seguido en la rememoración conmovedora de tu vida, he sufrido contigo, esta mañana –yo sé sufrir–, pero ¿tendré que sufrir esto otro también? ¿Esto de ser uno más de los que tú rechazas, que tú apartas de tu camino, cuando te asalta el convencimiento de que no te merecen, o no saben merecerte? Y tú sigues altiva tu camino. Ya sé. Tienes razón, la lección que me has dado ha sido muy dura. La amargura durará mientras yo viva. Siento en la boca ese sabor amargo. Me lo merezco. Es posible que me lo merezca. Pero me atosiga. De este veneno no se sobrevive. Desvarío entre las nubes negras. He llamado a Mary. Hubiera podido llamarte esta tarde (a las 4 y media, a las 5, estaba en la calle). Hubiera podido llamarte esta noche (estoy solo en casa, totalmente so-lo). ¿Qué ha cambiado pues en el mundo? ¿Qué cataclismo ha parado el sol y las estrellas? ¿Qué es esto? Hace dos días nos quejábamos con rabia de que a veces no podemos ni hablar por teléfono, y hoy, de pronto, no es que no pueda, es que no debo hablar. Ya no son las cosas externas, ya no es el cerco, ya no es la esclavitud, el tormento de las circunstancias adversas. Ahora soy yo, es mi yo interior, que no puede, que no debe llamarte. ¿Qué es esto, Dios mío, qué es esto? ¿Qué ha pasado por tu alma, qué hay en tu corazón, qué soy yo para ti, que es esto que nos pasa?

Sí. Me has dado una gran lección. Hubiera debido marcharme, irme lejos de ti, para que tú recobraras el sosiego, la serenidad, quizás la impasibilidad a que vuelves a aspirar. Y ahora sé, también, ahora, ahora mismo, sé que ese sosiego, esa serenidad, esa impasibilidad te son, por lo visto, más gratas (u otra cosa, más necesarias) que nuestro querer. No has tenido esta mañana una sola palabra de misericordia para mí. Yo no era ya nadie. Yo no era nada. Has llorado sobre todo tu pasado. Para mí no hubo ni una lágrima. Yo estoy ya fuera del mundo para ti. Y no me quejo. Estoy lleno todavía de un amor que me hace quererte a pesar de todo. Y aún entreveo una luz, aquella lucecita lejana.

IV

2 oct. 1946

Mi muy querida amiga,

han pasado muchos días y muchas cosas desde mi última carta. Entre otras, un accidente de automóvil, leve afortunadamente, a consecuencia del cual salí con magullamientos y fractura de dos dedos –el meñique y el anular– de la mano derecha. He ahí por qué mi escritura es tan mala. Pero el pronóstico es bueno y creo que volveré a mi caligrafía que a veces le causaba a usted tanta admiración. A falta de otras cualidades que admirar en mí, quedaba es-te recurso de buen amanuense que en la Edad Media me hubiera quizás procurado un buen cargo en la secretaría de uno de los grandes señores humanistas. Ahora, con la máquina de escribir que usted maneja con tanta habilidad, no puedo aspirar ni a ser su secretario.

Los días pasados fueron tan llenos de compromisos sociales, lecciones, conferencias, comidas y giras que me impidieron en absoluto disponer del tiempo necesario para escribirle. Es una privación a la que me es

muy difícil someterme. En la carencia total de noticias de usted, que ya no es privación, sino tormento, al escribirle a usted me hago la ilusión del diálogo, de ese diálogo que, en medio de tantas contrariedades –y controversias–, ha sido para mí el bálsamo consolador de estos años desolados y los ha convertido en la época mejor de mi vida espiritual. Usted lo sabe. La acogida aquí ha sido excepcionalmente buena, y entre el clima grato y la gente amable estas semanas se deslizan como un descanso a pesar del intenso trabajo que como usted sabe es para mí una necesidad física. Regresaré a La Habana el día 20 y espero encontrar allí noticias directas de usted. Pienso en usted, ágil en las calles de París, ávida de beber otra vez esa luz tenue en que las cosas adquieren su valor verdadero –estos matices de la realidad que la acercan a lo irreal–, transcendencia de la materia, en que todo –lo más macizo– parece ligero y leve, como suspendido entre la tierra y el cielo. Y los libros a lo largo del Sena. Ensueños de futuras realizaciones. ¿Cuándo? ¿Cómo?

Me tarda saber de usted, después de la gran desgracia con que tuvo que enfrentarse, y de su hermana, y de sus proyectos, y de su estado de espíritu y de trabajo(1). Escriba. Perfil y termine las bellas cosas que nacen espontáneamente en su alma. Alfonso (2) me di

(María Zambrano había acudido a París a enterrar a su madre. Araceli, su hermana, se encontraba muy enferma.

2 Se refiere a Alfonso Rodríguez Aldave, marido de María Zambrano.)

jo, antes de salir yo de La Habana, que pensaba pronto reunirse con usted en París. Nuestro problema español no tiene solución. Hábleme de Bessis, cuya amistad me es tan grata.

Salude a su hermana de mi parte, y a los pocos que se acuerden de mí entre los españoles que usted frecuente.

Le envía desde esta soledad transatlántica un fervoroso saludo de viejo y entrañable amigo su afmo.

Gustavo

V

Sábado 9 nov. [1946]

En verdad, no es un monólogo. Estás aquí, siempre presente, y puedo escribirte como si te hablara. Me faltan tus respuestas. Es posible que en esto ganemos algo los dos. Los diálogos de los últimos tiempos no fueron afortunados; y ahora tu espíritu ha de estar todavía demasiado embargado por la impresión dolorosa de la Madre que has perdido y de ese golpe cruel del destino que no permitió que la vieras a tiempo para recoger sus palabras postreras. Nunca sabrás bien hasta qué punto he sentido tu dolor, cómo te acompañé, cómo mi ser todo se estremeció contigo. Por eso me duele tanto, ahora, que tus cartas reflejen extrañas suspicacias y dudas, tan ajenas a esa entrega del alma a la identidad, que el infortunio y la lejanía y la misma evidencia de la esclavitud que me tiene aquí, hubieran debido afianzar, consolidar ya en una inmaculada pureza, en una certidumbre de séptimo cielo, de esferas incommovibles a las cuales no llegan ya los ecos miserables de aquella nuestra vida errante por las calles de La Habana (y a pesar de todo ¡qué recuerdos, qué gracia sale ahora, acariciándome, de los pocos árboles amigos, de las sillas en que nos sentábamos, de los sitios humildes en que floreció mi querer!). No me hablas de nada de lo que te rodea ahora, de tu hermana, de tus amigos, de tus pro-pósitos, de lo que ya estás preparando, de lo que vas a emprender (las «Guías», «la Piedad», el «Amor»...). Sé por Alfonso, natural-mente, que tendrás una máquina de escribir. Sé que hoy quizás, quizás mañana o un día de estos tendrás allí a Fifi³; me llegan las noticias como pequeñas espinas que al clavarse en la piel le recuerdan a uno que todas las rosas tienen espinas, y que sólo debo, de la pequeña sensación aguda, recoger el aroma de esas rosas: imágenes de ti, gestos, ademanes, pensamientos, presencia a pesar de todo. Y esto es todo. Firmo con mi nombre que llevo inútilmente para ti, nombre de un anónimo que te quiere ya sin esperanza.

Gustavo

VI

Lunes 11 [noviembre 1946]

Me entregó ayer nuestra amiga tu primera carta del mes de noviembre. Habían pasado ya 10 días sin una línea. No me quejo. Comprendo esa desgana, ese estado de apatía que sigue —largo tiempo— a las grandes conmociones. La tuya ha sido atroz. Comprendo. El corazón también necesita sus descansos. Y peor estoy yo. Le chagrin du ddpart est de cebú qui reste. Me alegro que hayas visto a Victoria Ocampo y que hayas tenido la impresión grata que siempre produce esa noble persona cuando se deja ir —raras veces— a un movimiento sentimental. No me dices si con ella has hablado de Sur, de tu colaboración en él y de la publicación de la crítica de mi libro. Y a propósito de esto: veo con gran satisfacción también que has entablado buenas relaciones con algunos de los jóvenes que por lo visto representan las nuevas generaciones españolas. Pero en cuanto a la colaboración, siento decirte que no me siento con ánimo para ello. Aquella crítica tuya del libro (4) —que no sé todavía si ha salido o no para Buenos Aires tal como fue escrita— y más aún, ¡ay! las frases despectivas con las cuales rehusaste reconocer toda colaboración espiritual conmigo en eso, me han aleccionado llegándome muy a lo hondo, querida amiga, para que yo no me aparte ya para siempre de todo intento de entregarme a cualquier producción de tipo literario o de cultura general o llámese como se quiera. Me contentaré con escribir un castellano discreto en libros de Medicina, que es lo que me compete. Ya veo que en efecto tú misma me sugieres un tema sobre cosas de sangre, etc. Pero esto —para una Revista como la que proyectan tus jóvenes amigos— es vulgarización. Y ya sabes que yo no creo en la vulgarización de la Biología.

Me alegro que hayas visto a María Risco y todos los demás de que me hablas. Te agradezco mucho que me hayas dado todas las menudas noticias interesantes que contiene esta carta tuya. Sólo te has olvidado de añadir una: si todavía me quieres un poco. Es todo.

G.

(4) Se refiere a la crítica de María Zambrano al libro de Pittaluga Grandeza y servidumbre de la mujer.

VII

La Habana 28 Dic. 1949

Querida amiga,

He recibido tu carta —especie de ultimátum a un adversario— a la que contesto lo mejor que puedo, guardándome el encono. Te diré simplemente que eres una estúpida. Eso es congénito; y la cultura y hasta la sabiduría no llegan a curarlo. Te emociona mucho más una vieja piedra que el corazón de un hombre que quiere.

No tengo nada que añadir. Aunque supongo que cuando hayas recibido y leído la larga carta —por lo visto posterior a la tuya— que te escribí, enviándote luego el artículo sobre Biología y Poesía, te sentirás algo más benévola.

He visto a María Fernández (5) dos veces seguidas, en su nueva casa Calle 10 esq. a 25, apto. 4. Está mucho mejor, y estuvo muy cordial y contenta de verme. -

No hacen falta ni tantas insistencias ni tanta malquerencia ni tantos aspavientos para que yo haga las cosas que debo hacer.

Estoy seguro de que todo se te arreglará muy bien, según tus deseos.

Estás demasiado liberada de los estados sentimentales —aunque sabes fingirlos muy bien cuando te da por ahí— para que no sea así. Que Dios te guarde.

Yo soy siempre el mismo, pordioséro que mira al cielo, alegremente cargado de todo su pasado. No reniego de nada. Soporto todas las amarguras —que han sido inenarrables y a las que añades ahora las que me vienen de tu increíble actitud.

G.

(5) La sirvienta de María en La Habana.

Pero desde ahora en adelante, en cualquier sitio y ocasión y en presencia de cualquier persona, te llamaré de tú, siempre. Te será muy fácil darle a eso una explicación —explicación de mayor lejanía que ese usted tembloroso que a veces me salía de los labios ante la gente—y que jamás me ha salido ni me saldrá del corazón.

VIII

La Habana, 4 Dic. 1950

Queridísima amiga:

He tardado unos días en contestarte, muy a pesar mío, porque hace 10 días tuve un grave accidente de automóvil —mejor dicho, me atropelló un coche de mala manera en la calle de San Rafael y me arrastró unos metros, dejándome maltrecho en la propia acera! Me llevaron a Emergencia y resultó que el esqueleto estaba sano. Sobrevivo en calidad de esqueleto; el resto no cuenta.

Tu carta me encantó, me hizo un gran bien. A pesar de todos los avatares y disgustos, rezuma en ella un sabor a vida, a intacta y vigorosa vida espiritual. Dios te la conserve. Estaba inquieto y amargado por tu largo silencio. No podía escribirte porque no sabía bien adónde ni cómo.

Te mando en sobres aparte tres recortes; uno que se refiere a mi accidente —publicado hoy mismo en Información— y dos de Bohemia que te interesarán mucho. Dime qué piensas de ellos. Ha salido ya el nuevo libro mío: Sangre y sexo (¿te acuerdas?), editado por López Llansá. Te gustará mucho cuando lo veas. Es un grueso tomo de 500 páginas en que se plantean los problemas sobre bases estrictamente científicas, pero en estilo accesible a la cultura general.

¿Has leído los terribles libros recientes de Curzio Malaparte, de Levi? La Pelle, L'Orologio: trágica situación de los espíritus. ¿Qué hacer ante tantos estragos? Mañana o pasado escribiré más. Te abrazo con infinito cariño,

G.

IX

2 agosto [1953]

Mi querida María:

Durante quince días he insistido para saber algo del señor Medrano o del señor Sobrino en Prensa Libre. No ha habido manera. Todos ellos están de vacaciones y el resto de la Redacción no sabe nada ni de tu acuerdo verbal con ellos ni de tus artículos. No voy a dejar de insistir, pero me parece que por ahí no se saca nada. En cambio no he recibido nuevo artículo para Bohemia, que es seguro como cobro y que publicarían enseguida. Escribe a casa de María Fernández, no al Instituto. Espero recibir carta enseguida. Aquí las cosas andan muy mal. Busca una carta al American Express que te mandé con unos pesos dentro.

El otro día estuve con Evans, el nuevo Director General de la UNESCO. Un buen diablo norteamericano típico.

¿Cómo andas de salud? Siento no poder mandar medicinas. Escribe. Abrazos.

G.

X

4 agosto 1953

Mi querida María:

- 1) La única carta que he recibido es la que me ha entregado hoy María Fernández, y a la cual contesto en el acto. Ni una línea antes, salvo una tarjeta postal desde Génova.
- 2) He escrito dos veces, y si en verdad el correo universal no está definitivamente trastornado, como parece, las dos deben haber llegado al American Express.
- 3) Me sorprende la noticia contradictoria entre lo que tú me dices de las Guindes (6) de Ginebra y lo que me dice haberle escrito Araceli a María Fernández, pues ésta dice que has te-nido ya contestación, aunque puede ser dilatoria; esto me hace desear vivamente tener datos más exactos, que creo merecer quizás un poco más que María Fernández.
- 4) Entrego esta misma tarde a Ortega (7) tu artículo para Bohemia, que sin duda se publicará inmediatamente.
- 5) De todos modos procuraré mandarte antes los dólares correspondientes (temo que no te hayas dado bien cuenta de que me he quedado exhausto, en un vacío absoluto que corresponde ¡ay! al vacío que me ha dejado tu ausencia). Haré siempre todo lo que pueda (y más de lo que pueda).
- 6) Procuraré enterarme de lo de Prensa Libre, aunque no tengo con ésta ninguna relación ni conozco a nadie.

(6) Communauté des Guildes du Livre. Esta institución había convocado un premio literario (que fue finalmente otorgado al rumano Vintila Horia) al que María Zambrano optó con su obra *Delirio y destiao*.

(7) Antonio Ortega y Fernández de la Granda. Periodista asturiano, exiliado en Cuba desde 1939. Fue jefe de información de Bohemia.

Después de esta desnuda enumeración, sólo me queda suplicarte que me conserves un poco de aquel sentimiento que no sé ya cómo llamar de honda ligazón que me une a ti. Te quiero mucho. Y tú lo sabes; lo sabes más de lo que quieres reconocerlo. Saluda afectuosamente a tu hermana.

En cuanto a mí —aunque nada me preguntes— saldré cuando pueda. Te envío mi artículo que te interesará. Cúidate.

G.

XI

5 agosto, miércoles [1953]

Mi querida María:

Al llegar ahora mismo al Instituto —después de echar al correo la carta en contestación a la que me entregó ayer María Fernández— me entregan tu carta del día 10 de julio. Ya puedes imaginar-te mi rabia, mi asombro y mi alegría, todo junto. El correo, con los tristes acontecimientos de aquí y el estado de inaudito desorden administrativo, llega de todas partes en lotes, después de semanas, que dejan entrever, si no una censura propiamente dicha, cuando menos un procedimiento subrepticio para dilacionar el intercambio de la correspondencia. He recibido ayer una carta de Gustavo (8), desde Buenos Aires, fechada en 8 de julio. ¡Qué tiempos! Pero la alegría me ha compensado de todo, porque la larga y afectuosa carta es bien distinta de la que me entregó María Fernández ayer. Gracias. Haré inmediatamente todo lo que me pides y que me sea posible. El artículo para Bohemia es excelente. Manda otro ense

(8) El músico Gustavo Pittaluga, hijo del doctor Pittaluga.

guida, porque la Revista está sometida a censura y no tiene materia de los redactores o colaboradores más estimados allí. Mañach (9) sigue portándose muy bien en todo, dentro de lo posible y de su carácter.

Conmigo también se ha portado en modo excelente, espontáneo, combinando con Goar Mestre (10) una lectura (remunerada) de mi libro Diálogos sobre el destino, que por fin va a editar la Cámara del Libro. Le sacaremos algo.

Lo que me dices, por fin, de las Gildes de Ginebra me parece perfecto. Digo en cuanto a la decisión adoptada de confiarlo todo a esa organización. Preveo un excelente porvenir económico para ti, y por tanto también un bienestar espiritual de que estás tan necesitada. ¡Ojalá pudiera yo estar cerca de ti ahora! Veremos cuándo.

Mi familia en Roma está alborozada por haber dado el Municipio de Roma el nombre de mi Padre a una calle de la Ciudad. Me complace mucho. Era justo. Te agradezco que hayas llamado a Marioll. Espero que conozcas a Rosalía.

Me dirás lo que te ha parecido el artículo en respuesta a Aranguren (12). Por Dios, no me dejes sin noticias. Te escribiré nueva-mente enseguida, en cuanto haya hablado con los de Prensa Libre. De lo de la UNESCO, para qué hablar. La elección de Evans fue impuesta, presentada a última hora y no unánime. Te ruego que me tengas al corriente de cuanto hagas, veas y oigas.

Te abrazo con un inmenso cariño.

G.

9 Jorge Mañach, ensayista cubano (1898-1961).

10 Empresario cubano, propietario de emisoras de radio y canales de televisión.

11 Posiblemente Mario Parejón, poeta y filósofo, miembro secundario del grupo «Orígenes». Fue discípulo de María Zambrano.

12 José Luis López Aranguren. Fue el primero que en la España de postguerra se ocupó públicamente de María Zambrano.

XII

30 agosto [1953]

Mi querida María:

Nada nuevo de Prensa Libre. He insistido en telefonar cada día. El señor Medrano no está en La Habana. Nadie de la Redacción sabe nada.

No he recibido más carta tuya a pesar de preguntar cada día a María Fernández. Insisto en que mandes un artículo para Bohemia. Te lo publicarían en el acto.

¿Qué noticias de Ginebra? Estoy seguro de que te publicarán el libro.

Te mando un recorte que no tiene desperdicio. Me lo dio Mañach anoche. El comentario de Piaget es delicioso.

¿Cómo estás? ¿Cómo está Araceli?

Un abrazo muy fuerte.

G.

XIII

Miércoles, 2 septiembre [1953]

Mi querida María:

Hago seguir inmediatamente esta carta a la mía de ayer, porque María Fernández me entregó esta mañana tu artículo «El payaso y la filosofía», excelente, y quiero asegurarte de que está ya en manos de Ortega y saldrá enseguida. Se lo he dejado personalmente ahora mismo. He insistido para un pago inmediato.

A Ortega le interesé también, la semana pasada, para que hablara él con los de Prensa Libre que hasta ahora me han dado la callada por respuesta. Desgraciadamente la nota adjunta, que acaba de entregarme

Ortega, confirma el desorden, la desatención, la in-curia y el desasosiego de esa gente. Lo siento, aunque me propongo insistir si tú lo crees oportuno en cuanto regresen Carbó o Medrano. La situación aquí es inquietante. Y no quiero decirte más. Escríbeme una carta de la cual se desprenda un rasgo de cariño. Lo necesito. Y dime tu opinión sobre lo de Aranguren. Un gran abrazo.
G.

XIV

8 septiembre [1953]

Por fin ha llegado una carta tuya, y bastante pronto, pues el sello de Roma es del día 4. Aquí el régimen de Correos ha llegado a los extremos de la irregularidad y tardanza. Estaba ansioso por saber de ti. La carta no me tranquiliza del todo, porque aparte de los problemas económicos, que iremos solventando, entreveo una inquietud y un desasosiego que me preocupan, y que sólo en parte se explican por algunas de las cosas que me refieres. No me hablas de Araceli. ¿Cómo está? Quisiera estar allí, tener algunas broncas contigo pero darte también esa impresión de seguridad y de apoyo que me pareció haberte dado aquí en estos meses últimos. ¡Ojalá pudiera ir pronto! Pero aún no se me arreglan las cosas. Estoy pecuniariamente exhausto y no sé como salir de ello. Esperar y querer. ¡Qué consejo!

Seguiré ocupándome de lo de Prensa Libre; pero como habrás visto por la nota que te mandé, de Ortega, la impresión es mala.

En cambio no veo, a pesar de los enojos que te produce la lentitud del trato y su complicación, que sea mala la situación en cuanto a la publicación de tu libro. La cosa es clara: la señora Oprecht obra de acuerdo con su marido que le ha traspasado el encargo, de acuerdo también con las Guildes. Liquidada pronto, si puedes, la cuestión de la edición francesa con Marcel (13) y para todo el resto cede los derechos a la Oprecht. Me permito darte este consejo, porque en estas cosas conviene más unificar que dispersar los contratos.

Mañana haré copiar en 3 ejemplares el texto del libro que por lo visto entregaste a María. ¿Por qué no me lo has dado a mí? Pero no estoy para quejarme de nada, sino para ayudarte en todo lo que pueda.

Te envió un artículo que salió ayer en Información (115 pesos!). No te preocupes por lo de Alfonso. Y ¡dime algo de Roma!

Abrazos.

G. ¿Debo escribir a Piazza del Popolo (14) o al American Express?

13 Gabriel Marcel, que había formado parte del jurado del premio mencionado. Recomendó la edición del original de María. La primera edición completa de la obra no aparecería hasta 1998.

14 Residencia de María Zambrano en Roma.

XV

15 septiembre 1953

Mi querida María,

Tu carta última, que acabo de recibir de mano de María Fernández, me ha hecho un gran bien. Me ha dado sosiego y aliento. Tenía gran necesidad de ambas cosas, pues por un lado era un tormento saberte en un estado de ánimo tan deprimido, y por otro lado la crisis que yo mismo atravieso aquí me arrastraba

a un estado de desesperación que nunca había conocido en otras ocasiones. La crisis toca a todos, y la situación es penosa y amenazadora. Mas dejemos eso, y hablemos sólo de lo que nos toca de cerca. Vuelven por de pronto a no pagar en el Instituto desde hace 3 meses. En Bohemia tienen desde hace 6 semanas un artículo mío y no lo han publicado. Por lo visto el director ha resuelto hacer economías en vis-ta de que como puedes imaginar ha perdido venta por estar sometido a una censura extrema. Me defiendo pues como puedo con los escasos clientes. De provincias ya no viene nadie. Supongo que te habrás enterado de lo que pasó. En Puerto Rico —de donde no llegan apenas cartas— no han resuelto todavía el pleito.

Mas no quiero agobiarte. Al contrario. Tú sabes de sobra que no se me abate fácilmente. Encontraré la salida. Pero ¿cómo decir-te cuándo? ¿Cuándo podré tener ese goce de acompañarte por la vía Appia o, más cerca, recorrer contigo el Pincio o la Villa Borghese, o escaparnos un día a Tivoli o a Frascati?

Tu carta me ha hecho un gran bien. Gracias.

A pesar de la situación, haré todo lo que pueda para ayudarte; aparte de insistir cerca de Prensa Libre y sobre todo cerca de Bohemia para que te publiquen enseguida el artículo. No me dices nada de los dos que te he remitido, míos; el de contestación al de Aranguren y otro de Información sobre mi Árbol.

He recogido el texto de tu libro y lo he entregado para que me hagan 2 copias que te remitiré inmediatamente. Dentro de una semana las tendrás. Y espero que para entonces puedas darme noticias muy favorables acerca de la edición por la gente de Ginebra. Estoy seguro que todo marchará bien en ese sentido. Pero no te dejes ir a aceptar compromiso alguno con otros —ni con Marcel ni con la Argentina— para ediciones parciales en una u otra lengua, hasta que no hayas recibido y resuelto la proposición de Ginebra. Esta es mi opinión.

¿Cómo están los gatos emigrantes? ¿Y tu hermana? ¿Sigo escribiendo a Piazza del Popolo?

Hasta pronto, María. Un gran abrazo.

G.

XVI

20 septiembre [1953]

Mi querida María:

Como verás adjuntos van —nos han publicado en el mismo número (el tuyo, hay que decir la verdad, inmediatamente; ¡el mío después de un mes y medio!)— los dos artículos en Bohemia. Te mando por correo ordinario un ejemplar, que te llegará, supongo, dentro de un mes.

Te remitiré mañana el cheque certificado. Te advierto que te lo envío al American Express. Es más seguro, porque a ti y a tu hermana podrían no encontrarte en casa y no lo dejarían. En cambio, si tú les adviertes al American Express y les autorizas para firmar el recibo del certificado, allí lo encontrarás sin falta.

Aquí las cosas van de mal en peor. No quiero hablar de ello. Quisiera verte bajo el cielo de Roma. ¿Cuándo?

Escríbeme, por Dios, más cosas como las de la última carta. La llevo siempre conmigo, como te llevo a ti en el alma.

Abrazos.

G.

XVII

1 octubre 1953

Mi querida María:

Gracias por tu carta última. Veo en ella más sosiego. Espero que habrás recibido regularmente el cheque de Bohemia remitido el día 22, según el adjunto recibo. He entregado el nuevo artículo. Es muy bueno; aunque el título no parece haberle gustado a Ortega. Temo que todo el artículo le haya parecido excesivamente bueno para los lectores de la revista, que además, sometida a inauditos cortes y modificaciones por la censura aquí instaurada, ha rebaja-do el tono todavía más. Qué hacer! Desde luego el artículo saldrá, y enseguida. ¿Quieres autorizarme para cambiarle el título? Podría ser: «El sentido de la derrota». Espero enseguida contestación.

No quiero darte ningún consejo más acerca de lo del libro tuyo y de esos cochinos de Ginebra. Deja pasar días. Te escribiré uno de estos días sobre ello. De todos modos, ahí va la dirección de Madariaga(15):

15 Salvador de Madariaga había presidido el tribunal del premio convocado por la Communauté des Guildes du Livre de Ginebra.

3. Church Street,
Old Headington, Oxford.
INGLATERRA

Creo que sí, que debes escribirle.

Me veo, hoy, releyéndote, cogido del brazo contigo, subir des-de la Piazza al Pincio y pasear, pasear, pasear. Ensueños.

No puedo más de trabajo y de añoranzas.

Saludos afectuosos a tu hermana.

Abrazos.

G.

XVIII

3 octubre 1953

Queridísima María:

Acabo de recibir tu carta de fecha 25 septiembre. Tarde. Todo es lento. El desorden rige al mundo. Paciencia. Es probable que en la fecha esa no hayas podido aún retirar del American Express la certificada con el cheque de 50 pesos que te expedí el día 22. Inmediatamente que cobre el otro artículo de Bohemia te lo mandaré por el mismo trámite. Es el mejor.

Tu carta me ha dado verdadera alegría; pues a las noticias relativamente buenas que me comunicas acerca de tu libro se añade luego un dejo delicado de melancolía que el pobre imbécil enamorado atribuye, cuando menos en parte, a la añoranza y a un vago deseo de tenerle cerca.

Ya te di hace días la interpretación exacta de la conducta de los Oprecht. Me complace en extremo la noticia de Marcel (a pesar del accidente automovilístico). Estoy seguro de que resolverás favorablemente lo de tu libro. Aquí están ya editando, con un prólogo de Mañach, que ha insistido mucho en ello y se ha

portado muy bien en todo, el libro aquel de los Diálogos sobre el destino. No me interesa nada desde el punto de vista intelectual. Pero sí el cobro de discretos emolumentos por la edición de 2.000 o 3.000 ejemplares que se proponen publicar. Esto me levantará un poco de un estado de impecuniosidad lamentable en que he transcurrido estos meses. La magia de Roma contigo me compensaría de todo. Pero esto de tener que permanecer aquí con la angustia del porvenir... Esto no lo aguanta más que un tío como yo, que es capaz de transformar el dolor en un goce. Dedicándotelo.

Volveré a escribirte pronto. Abrazos.
G.

XIX

14 octubre 1953

Mi querida María:

Acaba de entregarme María Fernández tu carta del día 7, que te agradezco mucho. ¡Ostia! ¡Cuántos recuerdos! Yo viví allí meses, en 1902, dirigiendo una campaña antipalúdica. Ibay volvía semanalmente a Roma. Pero vivía allí. Todavía debe haber gente que me recuerde. ¡Cuánto hubiera dado por estar allí contigo! No puedo dejarme ir a estas evocaciones. Se me aprieta el corazón; y tengo que consolarlo. La campaña de Roma la he recorrido toda a caballo.

La anécdota que atañe a Ortega no me extraña. Sea verdad en todo o en parte, define con harta tristeza su posición, la infelicidad de su posición. No hay otra palabra para definirla, sin ofenderle.

Mandaré a Julián Marías los artículos. Te mandé con la breve carta última el mío sobre el Duque de Alba, que espero te haya gustado.

Creo que tu nuevo artículo saldrá el viernes próximo. Por des-gracia ando mal de dinero y no puedo de momento adelantártelo. Pero en cambio entreveo posibles cobros próximos que me permitirán hacerlo. No dejes de ir al American Express.

La Cámara del Libro ha querido por fin publicar en grande mi libro Diálogos sobre el destino con un prólogo de Mañach, que por lo visto está entusiasmado con él. Como le harán mucha propaganda, cuento con el porcentaje de 2.000 ejemplares a 5 pesos cada uno. ¡Miserias! ¿Por qué no podrá vivir uno a la buena de Dios, sin moneda en el bolsillo –como los bardos, supongo, o los rapsodas, o los cantores de la alta Edad Media, que declamarían en las ferias de Italia, de Francia o de España las hazañas de los antiguos o las gestas de Roland y del Mío Cid? Contigo, por supuesto. Adiós.

[Gustavo Pittaluga Fattorini.](#)

